

PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

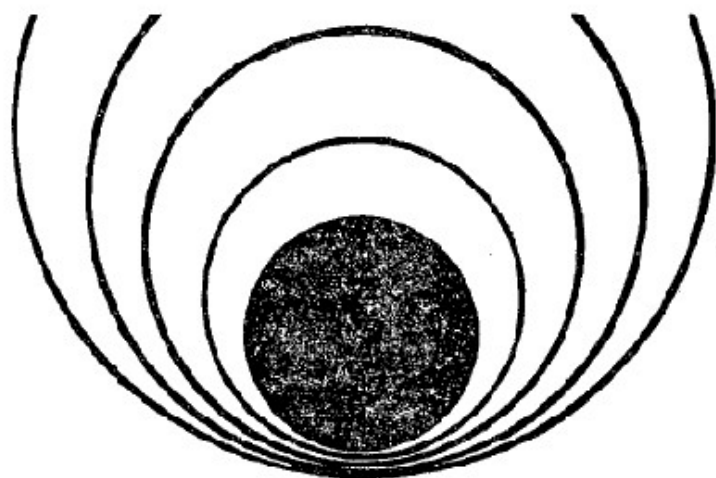
BOLSILIBROS

T **POLICIACO**

**ERASE
UNA VEZ...**

Lou Carrigan





PUNTO ROJO



ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección LA HUELLA:

140 – Tempestad en un vaso de agua

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

627 – Bajo el cielo de Texas

En Colección ARCHIVO SECRETO:

265 – Sekreten Polizeiken

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

561 – Tren a Texas

En Colección PUNTO ROJO:

1066 – Trofeos privados

En Colección SERVICIO SECRETO:

1067 – Claves para morir

En Colección KANSAS:

1286 – En compañía de los muertos

En Colección CALIFORNIA:

1342 – Morir y dejar morir

En Colección COLORADO:

1315 – Rural contra rural

**LOU
CARRIGAN**

ÉRASE UNA VEZ...

Colección PUNTO
ROJO Nº 1086
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA S.A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 58 - 1983

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: febrero, 1983

2ª edición en América: agosto, 1983

© **Lou Carrigan - 1983**

texto

© **Martin — 1983**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N 152, Km 21,650) Barcelona - 1983

CAPÍTULO PRIMERO

Una de las cosas que pueden resultar divertidas en esta vida es ser detective privado y ejercer en Miami. Porque Miami, ya se sabe, es un lugar donde pueden ocurrir cientos de aventuras exóticas, interesantes y remuneradoras.

Y si no, ahí están los telefilmes donde ocurren cosas que ponen los pelos de punta y que sirven para divertir al telespectador. Yates, lanchas, hermosas villas llenas de chicas preciosas, lujosos automóviles, gente millonaria... El no va más. Así que parece ser que todo lo que tiene que hacer uno para pasarlo bien es ser detective privado y ejercer en Miami.

Pero, ¡ay!, una cosa son las peliculitas de televisión y otra es la diaria realidad.

Y si no, ahí tenemos el caso del detective privado Nelson Knox. Un tipo alto, más bien rubiales, atractivamente feo, atlético, y dotado de un cerebro que se podría calificar de primera magnitud. ¿Y qué pasaba con Nelson Knox? Pues un desastre. No es que las cosas le fuesen mal, pero tampoco se divertía. Nada de yates, ni villas lujosas, ni chicas preciosas. Nada. Sólo casos atrozmente, desesperadamente vulgares. Ni siquiera tenía secretaria. ¿Para qué? Todos los trabajos que le encargaban podía hacerlos solo. En el portal del edificio sito en Flagler Street tenía una plaquita que decía:

NELSON KNOX Investigation Agency

Delirios de grandeza. Porque bueno, sí, se podía decir que su despacho era una agencia de investigación, claro, pero esto no encajaba mucho con el hecho de que la agencia contase con un solo miembro, que era a la vez detective, botones, secretaria y todo lo demás. Así que tal vez, en plan más modesto, Knox debía haber puesto en la placa simplemente Detective Privado, no Agencia de Investigación.

Pero... ¿qué habría pasado entonces? Pues que la gente lo habría menospreciado. En cambio, una agencia... ¡Ah, una agencia sí es importante! De modo que allá estaba la placa...

El teléfono sonó cuando las divagaciones del señor Knox iban por

este tema. Ser o no ser. Agencia o detective a secas.

—¿Sí? —inquirió tras descolgar el auricular de un manotazo.

—¿...?

—El mismo. ¿En qué puedo servirle?

—¿...?

—¿Fuera de la agencia? Sí, por supuesto... No hay inconveniente. Si me dice su nombre y dirección...

—¿...?

—Tampoco hay inconveniente en eso. Puedo estar allá más o menos en media hora. ¿Cómo la reconoceré?

—...

—Ya. Está bien. Oiga, si es una broma no tiene gracia, pero puedo asegurarle que tampoco me molestará pasear por los Japanese Garden. Se está muy bien allí. Lo que ya no me hace tanta gracia es lo de llevar una flor en el ojal. No acostumbro, ¿sabe?

—...

—Gracias. Adoptaremos otro código de identificación, entonces. Llevaré un ejemplar del *Miami Herald* en la mano izquierda y en la derecha un cigarro puro de esos de a metro. Además, soy alto, atlético, casi rubio y más bien feo... pero resulto simpático.

—...

—De acuerdo. Media hora.

Media hora más tarde el señor Knox estaba paseando por los Jardines Japoneses de Miami, cumpliendo lo pactado: ejemplar del *Miami Herald* en la mano izquierda y un estupendo cigarro en la derecha que, ciertamente, se iba fumando con el mayor placer. Eran casi las doce de la mañana, y pasear al sol en paz y en un sitio agradable no puede fastidiar a nadie. Si la mujer que le había citado allí no había aparecido a las doce y cuarto, se iría a almorzar, la olvidaría, y a otra cosa que hermosa es la rosa.

Por la voz, Nelson sabía que la mujer era joven, así que las iba mirando a todas. ¿Aquella morenita...? Horror, no, ahora aparecía aquel tipo y la abrazaba por la cintura. ¿La trigueña...? No, hombre, que el marido le está haciendo una fotografía. ¿La chica de los tejanos? No. No, no, no... Demasiado vulgar, y la voz de la presunta clienta correspondía a una persona cultivada. Como las perlas. O sea, vamos, que las personas también pueden cultivarse. Chocante.

Hombre, a lo mejor aquella pelirroja que le estaba mirando con cara de sentir simpatía hacia él...

—Siga caminando, señor Knox.

El señor Knox volvió la cabeza hacia su izquierda, sin dejar de caminar. ¡Pues no tenía él sangre fría, vamos...! Pero la sangre se le calentó al ver a la mujer que se había colocado a su lado llegando por detrás. A traición. Esto no le gustó a Nelson Knox.

Lo demás sí le gustó. La chica era un auténtico bombón con penacho rubio; vista de perfil se ponía de manifiesto, de modo especial, la gracia de su nariz, la bonita curva de su frente, una barbilla interesante y, cómo no, la peculiar configuración anatómica que más diferencia a la mujer del hombre. O sea, unos senos aptos para sueños eróticos. Malo, pensó Knox: si empezamos así no voy a dar pie con bola.

De modo que volvió a mirar al frente, chupó de su magnífico cigarro, y dijo:

—Sigo caminando.

—Señor Knox, quiero encargarle un trabajo muy bien pagado, pero con una condición: lo hará usted solo, sin recurrir a sus empleados, secretaria, colegas, o quien sea... Usted solo. ¿De acuerdo?

—Prometido. Lo juro y rejuro, vamos.

Se dio cuenta de que ella le dirigió una rápida mirada.

—Deberá ir a Big Pine. Ya sabe, en los cayos.

—Toma, claro.

—Tendrá todos los gastos pagados, y cuando termine su trabajo percibirá veinticinco mil dólares. ¿Está de acuerdo?

—Bueno, pues sí. Hoy tengo el día amable.

¿Amable? Súbitamente se le había puesto la mosca en la oreja. ¿Veinticinco mil dólares? Cielos, ¿qué tendría que hacer? ¿Robar un cayo? ¿Pasar de contrabando mil toneladas de esmeraldas colombianas? ¿Secuestrar a un rey? ¡Veinticinco mil dólares... y todos los gastos pagados!

—Me parece innecesario hablar del secreto profesional y todo eso, señor Knox. Quiero decir que está bien claro que tanto si hace su trabajo a mi plena satisfacción como si fracasa esto quedará entre nosotros dos... para siempre.

—Considéreme su más hermético y fiel cómplice.

—Me parece que no me está tomando en serio, señor Knox.

—Mire, señorita —la miró Knox—, veinticinco mil dólares por uno de los trabajos que suele hacer un detective privado es bastante dinero, no vamos a engañarnos. De modo que una de dos: a) usted no piensa pagarme esa cantidad; b) tal vez necesite a otra clase de persona, no a un detective privado.

—Quiero un detective privado discreto y eficaz, y el trabajo que voy a encargarle entra de lleno en sus funciones, señor Knox. En cuanto a lo de que no pienso pagarle, se equivoca. ¿Quiere un anticipo? Y no me pase usted su informe final si antes no le he pagado el resto. ¿Qué dice a esto?

—Quiero cinco mil ahora, en billetes, y me pondré a trabajar.

—Muy bien. Sentémonos.

Se sentaron en un banco. La muchacha abrió su bolso y sacó un sobre, del cual extrajo billetes de cien, que fue contando. Entregó a Nelson los cinco mil dólares exigidos, cerró el bolso y miró al detective.

—¿Algún requisito más?

Tenía los ojos azules. Era preciosa. Nelson Knox miró su boca, y acto seguido de nuevo los ojos. Por último, se quedó mirando la nariz. Acabó por sonreír, se guardó el dinero y movió la cabeza.

—Ningún requisito más, señorita... señorita...

—Celeste. Y eso es todo.

—Ya. ¿Dirección, teléfono...? No. Ya veo que no. Está bien. ¿Qué es lo que tengo que hacer en Big Pine Key?

—Irá a Big Pine, la localidad principal de ese cayó, y se alojará en el Blue Flamingo Hotel. Por supuesto, no llegará pregonando que es detective privado, ni mucho menos. Será... un periodista político.

—¿Un qué?

—Un periodista de ésos que escriben cosas de política para los periódicos.

—Ah. ¿Puedo decirle una cosa?

—Por supuesto.

—Detesto la política. Pero no se preocupe, seré un periodista político. ¿Y qué hago una vez esté en ese hotel llamado Flamenco Azul?

—Investigará usted, siempre como periodista, sobre los hechos que allí han sucedido.

—Perfecto. ¿Y qué ha ocurrido?

—No quiero engañarle, señor Knox: están investigando lo mismo la policía local y, me consta, la CIA, de momento.

—¡Oh, no! ¡La CIA no, por favor!

—Puedo buscar otro detective. Hay muchos en el directorio telefónico.

—Yo creía que me había llamado atraída por mi fama.

—Jamás había oído hablar de usted hasta que vi su nombre en el directorio. Me gustó Knox, eso es todo. Bien: ¿seguimos o me devuelve mi dinero?

—La CIA es un hueso, eso lo saben hasta los niños.

—Es usted quien va a cobrar veinticinco mil, señor Knox.

—Está bien. Me ha entendido. ¿Qué puede ocurrirme? ¿Que la CIA me atrape y me den unos cuantos sopapos? Oiga, ¿y por qué interviene la CIA? Quiero decir que el espionaje no es mi fuerte, se lo advierto.

—La CIA está investigando una parte del asunto. Yo quiero que usted investigue la otra. Pero, claro, si se ha de cruzar en el camino de la CIA hágalo. Quiero saber qué ha pasado exactamente... porque tengo mis dudas respecto a que haya pasado lo que dicen que ha pasado.

—Ah. ¿Y qué dicen que ha pasado?

—Voy a intentar explicárselo sin embarullarme. Verá usted, en Big Pine, es decir, en aguas del embarcadero de esta localidad, había fondeado un yate cuyo nombre es *Empire*. En ese yate viajaban, efectuando un crucero de placer hacia el Caribe, ocho personas: cuatro hombres y cuatro chicas. Las chicas eran...

—¿Eran?

—No me interrumpa, por favor. Las chicas eran de esas... que se pueden alquilar para pasarlo bien en un crucero, ¿comprende? Todo lo que parece saberse de ellas es que sus nombres eran Charlotte, Karen, Maggie y Olivia. Los nombres de los cuatro hombres eran: Walter Sherman, Richard Dunning, Alain Goffinet y Gérard Meugnier. El propietario del yate era el señor Dunning. Los otros tres eran amigos suyos.

—Dos de ellos, por los nombres, parecen franceses.

—Sí, eran franceses.

—¿Han muerto?

—Sí. Al parecer, todos. Verá lo que pasó, según he podido averiguar: ayer, al anochecer, el yate *Empire* se hizo a la mar, con esas ocho personas a bordo. Todo estaba tranquilo, perfecto. Y de pronto, se presenta en la zona un pequeño huracán, sorprendiendo a todo el mundo, empuja el *Empire* contra una parte rocosa del Big Pine Key, lo hace trizas, y el yate se hunde. Esta mañana, a primera hora, se ha procedido a su búsqueda, pues alguien vio anoche, desde la costa, lo que ocurría. Han encontrado el yate hundido y cinco cadáveres, que han sido identificados como los de Richard Dunning, Walter Sherman, Alain Goffinet, y dos de las chicas, según parece las llamadas Charlotte y Maggie.

—Es decir, que no han sido hallados dentro del yate los cadáveres del señor Gérard Meugnier y de las otras dos chicas, Karen y Olivia.

—Exactamente.

—Bueno, si el yate se partió contra las rocas eso es muy normal: debieron morir todos y el mar se tragó tres de los cadáveres. Aparecerán tarde o temprano. ¿O usted cree que no ocurrió así?

—Sí, sí, eso de que el mar se llevó tres cadáveres que pudieron salir por cualquier agujero del yate lo creo perfectamente. Lo que me pregunto es si realmente fue el huracán el causante del desastre.

—¿Qué otra cosa cree usted que pudo ser? —preguntó Nelson, mirándola fijamente.

—Me gustaría que usted se asegurase de que el yate fue realmente dominado por el huracán, y no que perdió el rumbo o el control debido a... algún increíble desperfecto en sus mandos, o bien que ya estaba averiado por algún motivo violento, como por ejemplo, la explosión en el casco, o algo así.

—¿Cree usted que pudo ser un atentado?

—Por un motivo u otro, pudo serlo.

—¿Qué clase de personas eran esos cuatro hombres? ¿Políticos?

—No, ellos no. Pero ocurrió algo extraño... Muy extraño, señor Knox. Y es por eso que está interviniendo la CIA. Al parecer, había en el yate un hombre llamado Alex Ristaaj. ¿Lo conoce?

—No... No.

—Era el presidente de un pequeño país sudafricano llamado South West Africa, más conocido simplemente como Afrikaan.

—Ah, sí, Afrikaan, uno de esos condenados países nuevos que me vuelven loco cuando miro los viejos atlas de África. ¿El presidente de Afrikaan estaba a bordo del yate *Empire*? ¿Y qué hacía allí?

—Ni idea. Según las noticias que ni siquiera la CIA está pudiendo impedir que se difundan por la radio, el señor Alex Ristaaj estaba en Estados Unidos de incógnito. Había llegado anteayer por la tarde con varios acompañantes, y se instaló en el Blue Flamingo Hotel. Anoche, el señor Ristaaj se embarcó en el *Empire*. Así que, al igual que los demás, claro está, ha muerto. Su cadáver, como el de las otras personas mencionadas, no ha sido hallado. Sin embargo, se sabe positivamente que estaba en el yate, pues así lo ha informado su equipo acompañante, que tiene como portavoz a un tal Haib Dorden, secretario del fallecido presidente Ristaaj. Corren rumores de que el señor Ristaaj estaba en Big Pine Key precisamente para sostener conversaciones secretas con algunos delegados del gobierno de nuestro país... así que la CIA, naturalmente, ha tomado cartas en el asunto.

—Podríamos pensar que también la CIA sospecha que se trata de un atentado.

—Claro. Podría ser que alguien que deseaba matar al señor Ristaaj hubiera perpetrado de un modo u otro el atentado, ya le digo que colocando quizá una bomba en el casco del yate, averiando los mandos... De cualquier modo. Pero también podría ser que el atentado no fuese contra el señor Ristaaj, sino contra las personas que había en el yate.

—¿Había algún motivo por el que alguien quisiera matar a ocho personas que todo lo que hacían era divertirse?

—Si lo había, señor Knox, usted tendrá que averiguarlo. Me gustaría que averiguara usted quién lo hizo. Si es que fue un atentado, claro está. Si no lo fue, si fue un simple accidente auténtico, usted habrá terminado su trabajo y cobrará el resto del dinero. Pero quiero que usted lo investigue a fondo, con o sin la CIA de por medio.

—Mire, señorita, yo no soy de los que se dan por vencidos de antemano, pero si la CIA está interviniendo en eso yo no podré acercarme a ese yate ni en sueños. Tendremos que aceptar lo que ellos dictaminen, porque no le quepa la menor duda de que la CIA sabrá si fue accidente o atentado contra el yate, ya fuese para matar a sus ocho ocupantes habituales o al visitante, el señor presidente Alex Ristaaj.

—Señor Knox, yo no quiero aceptar el dictamen de la CIA al

respecto: quiero el dictamen de usted. De modo que tendrá que acercarse lo suficiente a ese yate para examinarlo en busca de averías o deterioros producidos por una posible carga explosiva. Si fue un accidente, su trabajo habrá terminado. Si fue un atentado tendrá usted que averiguar quién lo perpetró. Creo que me estoy explicando con claridad.

—Desde luego. Pero yo no soy invisible, ¿sabe? Para llegar hasta el *Empire* tendría que procurarme un equipo de hombre-rana, cosa ésta que no presenta ningún problema. Pero si usted cree que un hombre-rana puede acercarse a un objeto o lugar vigilado por la CIA, olvídelo. Soy un tipo de agallas, y me desenvuelvo muy bien bajo el agua, pero por bueno que sea yo, la CIA tiene cien hombres mejores especialistas... que estarán vigilando ese yate como si fuese un pecio riquísimo, el mayor tesoro jamás hallado bajo el mar. ¿Lo entiende usted?

—Usted se presentará como un periodista político, dirá que le interesa el asunto debido a la muerte del señor Ristaaj en ese yate. ¿Por qué no han de dejarle operar?

—No me dejarán. Todo lo más, la policía, y digo la policía, no la CIA, facilitará un comunicado informativo a la prensa, radio, etcétera, y, sea verdad o mentira, con eso tendremos que quedarnos.

—Pero a un periodista político...

—Estará lleno de periodistas políticos, y de todas clases. No creará usted que conmigo harán una excepción, ¿verdad? Nos mantendrán a todos alejados de ese yate hundido. Y si insisto mucho y me pongo tonto, la CIA me buscará las vueltas, en cuestión de horas se enterarán de que no soy periodista, sino detective, y entonces, o bien me apretarán los tornillos para que les diga qué ando buscando, o bien me largarán de una patada en el trasero, vulgo culo, o volviendo a lo fino posaderas. Oiga, usted tiene que entender esto, señorita Celeste Yesoestodo.

—Lo entiendo. Pero quiero invertir veinticinco mil dólares en un hombre con agallas y que me diga lo que *él* ha visto y averiguado. Las dificultades para conseguir esa información dependen de la categoría de ese hombre.

—Maldita sea mi estampa...

—¿Puede recomendarme a un detective de verdadera categoría, señor Knox?

—No faltaba más: busque a un tal Mannix.

—¿Ése no es de la televisión?

—Claro. Por eso se lo recomiendo. Porque sepa usted que los detectives de verdad, los de carne y hueso y que trabajamos sin sabernos el guión, tenemos unas limitaciones naturales. De modo que como lo que usted busca es un héroe de televisión, le recomiendo a Mannix... aunque debe estar ya algo cascado el hombre, digo yo.

—¿Cincuenta mil dólares, señor Knox?

—¡Jodido empeño...! ¿Por qué no se busca otro?

—Porque ya le he dicho demasiadas cosas a usted, y no quiero meter a más gente en esto. Y además, porque me resulta usted simpático.

—Ya. ¿Y le parezco guapo?

—Bueno... La verdad, eso no es demasiado. Me gusta, me cae bien, pero guapo, lo que se dice guapo... pues no, no lo es. Pero es sensato, cauto, quisquilloso, nada fanfarrón, inteligente... y simpático.

—Lo siento, pero ya estoy casado.

—¿A qué viene eso ahora? —se sorprendió Celeste.

—¿No estaba usted pidiendo mi mano?

—No —la muchacha casi pareció a punto de reír—. ¿Esta casado?

—Claro que no —gruñó Nelson—. Casarme con una fea no me seduce, y las chicas como usted prefieren otra clase de galán.

—No siempre —murmuró Celeste.

—Bueno, también las hay tontas —sonrió el señor Knox—. Dígame una cosa con toda sinceridad, Celeste: ¿tiene usted mucho dinero?

—Sí.

—Entonces será por cincuenta mil dólares. Le dejaré apuntada la dirección de mi madre, y si yo le consigo el asunto, pero no vuelvo, le enviaré a ella el dinero. ¿Esto está claro?

—Sí.

—Y si no lo hace, mi fantasma se le aparecerá hasta en su noche de bodas. A propósito: ¿es usted casada?

—No.

—¡Qué coincidencia! ¿Adónde podré llamarla?

—Yo estaré cerca de usted, señor Knox. Me verá cuando convenga.

—No me gusta esto —movió la cabeza Nelson Knox—. ¡No me gusta nada! Pero, en fin, que no se diga que Nelson Knox se ha negado a ayudar a una chica sola, pobre y desvalida...

CAPÍTULO II

Un accidente de la magnitud del sufrido por el yate *Empire* forzosamente tenía que llamar la atención de modo desusado. Al final resultó que no habían perecido en él nueve personas, sino diez, una de las cuales, la décima, no mencionada hasta entonces, era un hombre llamado Obongo, de raza negra, uno de los dos guardaespaldas del presidente de Afrikaan, que había acompañado al señor Alex Ristaaj al yate.

Éste era, al menos, el rumor que corría aquella mañana por Big Pine, treinta y seis horas después del accidente. También corría el sólido rumor de que la CIA intervenía en el asunto, pero lo cierto era que todos los trámites corrían a cargo de la policía local, que, como suele decirse, era quien daba la cara. Se decía también que, en realidad, el servicio de Guardacostas de los Estados Unidos había informado de la proximidad de una «fuerte tormenta» que se acercaba a los cayos aquella noche procedente del Sudeste, y que solamente personas poco precavidas y no atentas a los boletines meteorológicos podían haber cometido la imprudencia de hacerse a la mar la noche en cuestión. Esto quedaba demostrado por el hecho de que solamente el yate *Empire* había sido atrapado por la fuerte tormenta anunciada.

Mientras tanto, los cinco cadáveres hallados en el yate habían sido rescatados y llevados al depósito de Big Pine, donde permanecían bajo la custodia de la policía y de algunos herméticos sujetos de paisano que parecían sordos y mudos... pero no ciegos, pues lo miraban todo, lo veían todo, y no permitían que nadie entrase en el depósito de cadáveres salvo personas autorizadas.

Sobre el lugar donde reposaban los restos del *Empire* había una lancha guardacostas norteamericana y dos lanchas más pequeñas, sin distintivo especial alguno. Desde estas tres embarcaciones, unos cuantos hombres-rana operaban en aquella zona submarina, turnándose en frecuentes inmersiones, siempre por parejas. Algo más alejadas, otras tres lanchitas, que parecían ocupadas por despreocupados pescadores, encerraban en un triángulo al guardacostas y a las dos más grandes.

En resumen, y por poco listo que uno fuese, había que comprender que el simple intento de llegar hasta el yate hundido sólo

serviría para hacer el ridículo, o, peor todavía, complicarse la vida con la policía o la CIA. Pretender burlar bajo el agua la vigilancia de los hombres-rana del servicio de Guardacostas de los Estados Unidos y de los especialistas de la CIA era, como mínimo, y para terminar, perder el tiempo. Y por superficie peor todavía.

Así que el señor Nelson Knox, periodista político, que desde la costa había estado observando con prismáticos la situación sobre el yate siniestrado, no estaba precisamente de buen humor. La cuestión no estaba en ser o no ser valiente y atreverse o no atreverse a intentar llegar hasta el yate por debajo del agua, sino en que era sencillamente imposible conseguirlo. Ejemplo claro: uno podía atreverse a intentar levantar sólo con su propia fuerza diez mil kilos, pero era seguro que no lo conseguiría.

—Maldita sea —farfulló el señor Knox, mientras regresaba hacia su coche.

Entonces, el señor Knox, periodista político, vio a la mujer. Debía haber llegado después que él, porque no la había visto hasta entonces, y al llegar se había asegurado de que no había nadie por aquellas rocas de la costa.

La mujer en cuestión también estaba sobre unas rocas, utilizando prismáticos para mirar el escenario marino en el que sólo los peces podrían moverse con libertad. Y no demasiado, pensó con guasa el señor Knox: la CIA era capaz de impedir el paso incluso a los peces. ¡Maldita sea!

El señor Knox llegó a su coche, abrió el maletero, y tiró dentro los prismáticos, encima del completo equipo para bucear que se había procurado. No faltaba detalle... pero era como haberse comprado un traje de buzo en el desierto.

Mientras rodeaba el coche para sentarse ante el volante, el señor Nelson Knox volvió a mirar hacia la mujer. Se detuvo en seco al ver que ella le estaba mirando a él con los prismáticos. O eso parecía. Ella estuvo así unos segundos, luego dejó de mirarlo, echó otra breve mirada hacia el mar, y se alejó por las rocas hacia donde, sin duda, tenía también un coche. Nelson Knox se metió en el suyo y condujo hacia allá. Cuando pasó por el lugar, la mujer estaba de pie junto a su automóvil, mirándole sin disimulo alguno. Knox también la miró sin disimulo.

Torció el gesto al ver que ella se había puesto unas oscuras y por demás impertinentes gafas de sol que impedían ver sus ojos. Todo lo demás que pudo ver Nelson Knox le gustó: el cuerpo de la chica era espléndido, vaya que sí, y eso se veía pese a que no sabía vestir. Era

muy vulgar, y sus zapatos eran más bien zapatones de medio tacón. Estaba intensamente bronceada, y sus cabellos eran rojos, recogidos en un pasmoso y horrendo moño.

Eso fue todo. El señor Knox continuó camino de regreso a Big Pine, donde esperaba poder asistir a la rueda de prensa anunciada por el tal señor Haib Dorden, el secretario del fallecido presidente Alex Ristaaj. Hasta entonces sólo se habían filtrado rumores tras las primeras descontroladas declaraciones del susodicho señor Dorden, que por supuesto se había llevado un buen susto convertido en disgusto: perder al presidente de su país en un viaje de incógnito debía de ser todo un trauma, primero en lo personal, y luego debido a las consecuencias que ello podía acarrear en Afrikaan. Un buen lío, sí, señor.

Pero allá estaba la omnipotente CIA, ¿no? Ahora, el señor Dorden se disponía a conceder una rueda de prensa. Ahora, claro. Ahora que la CIA ya debía haberle aleccionado adecuadamente tras el estudio de la situación. Es decir, que o mucho se equivocaba Nelson Knox o el señor Haib Dorden sería como un muñequito parlante de la CIA.

Bueno, a ver qué decía, de todos modos. Aunque malditos si a él le importaba lo que decía el señor Dorden. Lo que él quería era llegar al *Empire* y echarle un vistazo. Lo demás le importaba lo mismo que la circuncisión de una sardina.

Pensando en todo esto, el señor Knox llegó a Big Pine, la alterada localidad del cayo que se había convertido en el centro periodístico del mundo por obra y gracia de la muerte del presidente Alex Ristaaj en circunstancias tan poco comprensibles. Y poco después, el señor Knox, tras un vano intento de estacionar su coche en los terrenos del hotel, tuvo que dejarlo a más de doscientos metros y regresar a pie.

Entonces volvió a ver a la pelirroja del moño y las gafas de sol. Estaba hablando con un oficial de la policía, que la escuchaba muy amable, con mucha atención, pero que finalmente negó con la cabeza. Que no, que no habían más coches en el recinto de estacionamiento del hotel. ¿Qué se había creído la fisgona de los prismáticos, eh?, pensó el señor Knox.

Ella se alejó con el coche, él la olvidó, y entró a pie en el hotel, dirigiéndose hacia el bar, donde una multitud de periodistas esperaba la hora de la rueda de prensa. Había comentarios para todos los gustos, y, pese a lo temprano de la hora matinal, ya había quien trasegaba whisky. Increíble. Nelson Knox consiguió que le sirvieran un café en un extremo del mostrador, lo tomó, y salió a la terraza, desde la cual se divisaba la playa y el cercano embarcadero... y la pelirroja

de las gafas y el horrendo moño. ¡Jolines ya, con la pelirroja! ¿Es que se la iba a encontrar hasta en la sopa?

Ella estaba sentada muy correctamente ante una de las circulares mesitas con parasol, fumando. Nelson Knox pasó muy cerca, se sentó en una de las sillas de otra mesita con parasol, y puso los pies en la silla de enfrente. Encendió un cigarrillo. Pregunta: ¿cómo se podía llegar hasta el yate hundido y echarle un vistazo? Respuesta: de ninguna manera.

—Le vi antes en las rocas.

La voz femenina había llegado un poco por detrás de Knox y a su izquierda. Volvió la cabeza en esa dirección, vio a la pelirroja con el rostro vuelto hacia él, y a nadie más; así que, claro, quien había hablado era ella.

—Bueno, ¿y qué? —replicó Nelson—. Yo también la vi a usted, y no pienso anotarlo en mi diario.

Ella sonrió, y eso fue todo. Siguió fumando, al parecer regresando toda su atención al mar. A lo mejor le gustaba el mar a la pelirroja. Sí, debía gustarle, porque estaba muy bronceada. Quizá era de las que se pasaban el día tendidas al sol con los pechos al aire. O sea, que debía tenerlos también muy bronceados.

—¿Es usted periodista? —preguntó ella poco después.

Knox volvió a mirarla, con visible desgana.

—¿Y usted? —preguntó.

—Yo no.

—Bueno, pues yo sí. ¿Qué pasa?

Ella estuvo mirándole durante unos segundos, inmóvil. Luego apagó el cigarrillo en el cenicero, agarró su bolso, se puso en pie, y se fue, dejando a Nelson Knox meditativo.

«Me parece que he sido un poco grosero», reflexionó.

Cinco segundos más tarde había olvidado a la pelirroja. Y quince minutos después, tras consultar su reloj de pulsera, se puso en pie y entró en el bar. Los periodistas comenzaban a salir hacia el salón donde se iba a celebrar la rueda de prensa. Nelson Knox se mezcló entre ellos, escuchando los diversos comentarios. Perder el tiempo, eso era. Todos podían hablar cuanto quisieran, hacer mil cábalas, elucubrar hasta enloquecer, pero lo cierto era que dentro de pocos minutos les soltarían una sarta de embustes y les despedirían amablemente.

Y allá se quedaría, bajo quince metros de agua, el yate *Empire*, vigilado, examinado, analizado y registrado hasta el último rincón por los tiburones de la CIA. Esto había estado bien: los tiburones de la CIA.

En la sala apenas se cabía. La mayoría de los periodistas tuvo que quedarse en pie, Knox entre ellos, casi al fondo, porque no se había espabilado lo suficiente para coger buen sitio. ¿Qué importaba? Para escuchar tonterías lo mismo da un sitio que otro.

A las once en punto, aparecieron los personajes. Primero, cuatro policías de uniforme. Después, tres sujetos de paisano que tenían cara de haber nacido en Langley, en la mismísima Central de la CIA. Luego, entraron los personajes de Afrikaan, cinco en total, tres de raza blanca y dos de raza negra. Uno de los de raza blanca, increíblemente, absurdamente rubio, casi albino, se presentó a sí mismo como Haib Dorden, secretario del infortunado señor presidente de South West Africa Alex Ristaaj, y presentó a los demás. Los otros dos blancos eran Rik Klag, consejero del presidente, y Vincent Mok, uno de sus «acompañantes», entiéndase guardaespaldas. Los dos negros eran Niok Atago y Sirgo Mako, ambos, como Rik Klag, consejeros de Alex Ristaaj. Añadió el señor Dorden que el hombre que faltaba en el séquito del señor presidente era un tal Obongo, de raza negra, que había sido el otro «acompañante» del señor presidente.

Cumplidas estas formalidades, el señor Dorden dijo, en muy buen inglés británico:

—Si ustedes me lo permiten voy a proceder a explicarles los hechos tal como nosotros lo sabemos y entendemos. Posteriormente, cualquier duda que tengan intentaremos aclarársela, siempre dentro de los límites adecuados.

Nadie dijo nada. Nelson Knox se permitió una sonrisita. ¡Límites adecuados! Eso sonaba muy bien, pero significaba, ni más ni menos, que les dirían lo que les diese la gana, y nada más. Pero, atención, el señor Dorden, alto y desgarbado como un espantapájaros con un estropajo en la cabeza, proseguía su informe, en vista de la aceptación a su sugerencia.

—Bien, al hablar de límites adecuados —expresó— me he referido a los motivos de la presencia en Estados Unidos de nuestro grupo. No voy a ocultar ahora, tras el desdichado accidente, que nuestro viaje de incógnito estaba relacionado con ciertas conversaciones de carácter inicialmente secreto entre el señor Ristaaj y unos delegados de Washington con el fin de establecer posiciones con vistas a un interesante tratado entre los Estados Unidos de

América y South West Africa. Dicho esto, se saldría de los límites adecuados que ustedes me preguntasen qué clase de tratado era, cuáles eran sus características. Lo que sí puedo decirles es que las relaciones y las intenciones entre ambos países eran de índole altamente beneficiosa para los dos. Lamentándolo mucho, no podré decirles nada más respecto al tratado. Y ahora, pasemos a los hechos que han ocasionado la muerte del señor Ristaaj.

»Nosotros llegamos aquí hace cuatro días, nos instalamos en el hotel y, conforme a lo convenido con Washington, debíamos permanecer dos días sin contacto alguno con sus delegados o cualquier otra clase de personal americano. El motivo de esto era asegurarnos de que el ambiente era propicio, y que el lugar había sido bien elegido. Transcurridos esos dos días, habríamos recibido a los delegados de Washington e iniciado las conversaciones. En esta espera, nuestras actividades eran corrientes, como las de cualquier otra persona alojada en este hotel. Esto, claro está, dejando aparte nuestras conversaciones privadas referentes al tratado.

»Anteanoche, el señor presidente decidió salir a dar un paseo después de la cena. Nos pareció normal y hasta conveniente, pues habíamos tenido tres horas de conversación antes de la cena, y todos estábamos un poco tensos y excitados ante las perspectivas del tratado. Así pues, el señor Ristaaj salió del hotel, naturalmente acompañado por los señores Obongo, también tristemente fallecido, y por el señor Vincent Mok, aquí presente. La parte que sigue la dejo para el señor Mok.

Todas las miradas se posaron en Vincent Mok, el «acompañante», un sujeto de rostro no demasiado inteligente, pero de complexión física por completo disuasoria para quien pretendiera molestar a su «acompañado». Era un gigante casi tan rubio como Dorden, pecoso, y dotado de enorme nariz.

—Bueno —dijo—, el señor presidente, Obongo y yo salimos a dar una vuelta, y nos encaminamos hacia el embarcadero, pues estaba cerca y podríamos disfrutar de la brisa del mar, que siempre había gustado mucho al señor presidente. Estuvimos un rato paseando, hasta que vimos el yate *Empire*. La lancha de desembarco del yate estaba en el embarcadero, y en ella había una señorita y un caballero que reían mucho. Nos quedamos mirándolos, sonrientes. El hombre nos miró también, dijo algo, y la chica se puso a reír muy divertida. Luego, el hombre dijo:

—Hey, amigos, ¿no los vimos anoche en la terraza del hotel?

—Así es, señor —asintió el señor presidente.

—Le recuerdo bien —rió el hombre—. Usted es un tío simpático que sabe comprender una broma.

—Lo procuro, señor —dijo el señor presidente, sonriendo.

—Pues a nosotros nos gustan las personas que saben comprender una broma. ¿Qué? ¿Le gustaría tomar un traguito con nosotros y reír un rato?

—Anímense —rió entonces la chica—. ¡La vida es corta!

—Para nuestra sorpresa —prosiguió el gigantesco Vincent Mok—, el señor presidente aceptó. Obongo y yo lo miramos desconcertados, y recuerdo bien que Obongo dijo que eso no podía ser. Pero el señor presidente dijo que sí que podía ser, y que Obongo le iba a acompañar y que yo regresaría al hotel para informar al señor Dorden y a los demás del lugar dónde estaba y que no nos preocupásemos si volvía un poco tarde. Obongo y yo intentamos disuadir al señor presidente, pero no hubo manera. Así que el señor presidente y Obongo saltaron a la lancha, y se dirigieron hacia el yate, mientras yo volvía al hotel para decirle al señor Dorden lo que ocurría.

Vincent Mok miró a Haib Dorden, que asintió y retomó la palabra:

—Cuando Vincent me dijo lo que ocurría, me sorprendí, pero francamente, no demasiado, pues el señor presidente era un hombre en verdad sociable y probadamente simpático, eso lo sabe todo el mundo. Además, Obongo estaba con él, y desde la ventana de mi habitación del hotel podía ver el yate. No es que la situación fuese de mi agrado, pero tampoco había motivos para inquietarnos. Sin embargo, en determinado momento nos dimos cuenta de que el yate zarpaba, y eso sí nos desconcertó primero y nos alarmó acto seguido. Bueno... finalmente pensamos que quizá preferían estar algo más lejos del embarcadero para divertirse un poco en cubierta. Era una noche calurosa, y una fiesta en la cubierta de un yate puede ser muy agradable. De todos modos, decidimos que si a las dos de la madrugada como máximo el señor presidente no había regresado saldríamos en busca del yate con una lancha del hotel... No pudimos hacerlo, porque como todos saben llegó la fuerte tormenta. Imposibilitados durante ésta y también después, pues el mar estaba fuertemente picado, nos resignamos a esperar, suponiendo que el yate se habría puesto a cubierto en cualquier cala, y que cuando el mar se calmara regresaría al embarcadero. No podíamos hacer otra cosa. Y así estábamos, esperando, cuando por la mañana, muy temprano, nos enteramos de que alguien había visto un yate estrellarse contra las rocas y hundirse rápidamente, y que la policía y los guardacostas

estaban ya iniciando su búsqueda. Desdichadamente, nuestras esperanzas de que el yate hundido no fuese el *Empire* no se cumplieron. Poco después, un hombre-rana informaba del hallazgo del yate y que su nombre era *Empire*. Lo demás, ya lo saben ustedes: había diez personas a bordo de ese yate, y cinco de ellas han sido halladas y las otras cinco están siendo buscadas. Por nuestra parte eso es todo. Pueden preguntar si lo desean.

Durante unos segundos reinó el silencio en el salón. Por fin, se oyó la voz de uno de los periodistas:

—Señor Dorden, hay una pregunta que está en la mente de todos, y es la siguiente: ¿realmente el señor presidente de Afrikaan no conocía de antes a las personas del yate *Empire*?

—Realmente, señor.

—Bueno, pero esto es un poco extraordinario, ¿no? El señor Ristaaj era presidente de una nación, estaba aquí por motivos obviamente importantes, y no parece muy consecuente meterse en una... fiesta en el yate de unos desconocidos. Todos consideramos que es... insólito.

—Sí, lo es —frunció el ceño Dorden—, pero así sucedió, señor. Quiero insistir en recordarle a ustedes que el señor presidente era persona sumamente sociable, de carácter muy asequible. La noche anterior, las personas del yate *Empire* habían estado armando un poco de alboroto en el hotel, y el señor Ristaaj las miraba con simpatía. Mire usted, señor, el presidente era una persona eminentemente normal, si me permite la expresión. No tenía por qué privarse de un rato de distracción, después de un día muy duro. Y estábamos aquí de incógnito.

—¿Quiere decir que le ofrecieron... gran diversión en el yate?

Haib Dorden frunció el ceño.

—Prefiero interpretar sus palabras por el lado bueno, señor. En cuanto a lo que le ofrecieron al señor presidente ya lo ha dicho el señor Mok: tomar un trago y reír un rato. No tengo nada más que decir al respecto.

El periodista quedó sumido en sombrío silencio, y otro periodista tomó el relevo:

—Además de cuatro chicas cuyo cometido en el *Empire* parece que ya está claro para todos —dijo—, había dos hombres norteamericanos y dos franceses. ¿La presencia de dos franceses en el yate no significa nada para ustedes?

—En absoluto —rechazó Dorden—. Además, esa cuestión está siendo atendida por la policía. Por otra parte, no veo qué tiene de sorprendente que dos señores norteamericanos tengan dos amigos franceses. Y tampoco me parece sorprendente que cuatro hombres viajen alegremente en un yate.

—¿Debemos creer que realmente la CIA no estuviese por aquí esperándoles a ustedes cuando llegaron? —preguntó otro.

—Nosotros, señor, hicimos esa petición de permanecer solos dos días en este lugar, y el gobierno de Washington, evidentemente, nos complació. Lo que hizo o dejó de hacer la CIA nosotros no podemos saberlo. Sin embargo, nos parece evidente que la CIA aceptó la decisión de Washington de no... controlar nuestra llegada y presencia en Big Pine hasta transcurridos dos días. Por otro lado, no veo que la presencia de agentes de la CIA en Big Pine hubiese cambiado las cosas. Un accidente no es previsible ni controlable ni siquiera por la CIA.

—Pero ahora está interviniendo la CIA, ¿no es cierto?

—No sólo es cierto, sino que aceptamos y agradecemos su intervención, y supongo que todo el mundo la considera lógica. Un servicio de espionaje y contraespionaje de su nivel está obligado a asegurarse de los hechos. Me refiero ahora a ese rumor de que, posiblemente, se trató de un atentado contra la vida del presidente Alex Ristaaj. Ello nos parece absurdo por diversos motivos. El primero de ellos, que no imaginamos a nadie atentando contra la vida de un hombre como fue nuestro querido presidente, amado por todos. El segundo, que la utilización del yate *Empire* para este atentado es sencillamente increíble, por la razón de que nadie podía saber que el señor presidente daría un paseo en él. El tercero, que nos parece... excesivamente brutal asesinar a ocho personas ajenas al señor presidente y a Afrikaan para asesinarlo a él. El cuarto, que existió esa fuerte tormenta. Y por último, puedo decirles a ustedes que el examen del yate *Empire* realizado por expertos hombres-rana no evidencia más señales de violencia ni averías que las propias ocasionadas por el fuerte choque contra las rocas. Por favor, damas y caballeros, esto ha sido un terrible accidente, eso es todo.

—¿Qué consecuencias políticas tendrá? —preguntó otro periodista.

—¿Consecuencias políticas? —pareció pasmarse Haib Dorden. Ninguna en absoluto. En Afrikaan está nuestro vicepresidente, que pasará a ocupar la presidencia hasta las próximas elecciones, tal como sucede en Estados Unidos. No vemos trastornos políticos en esto,

señor.

—¿Y respecto al tratado que iban a estudiar con los Estados Unidos?

—Bien... No sé. Nuestro presidente actual seguía las líneas generales políticas del señor Ristaaj, de modo que me permito suponer que, tras un tiempo de espera para serenarnos todos, las conversaciones proseguirán. Pero no puedo asegurar eso: nuestro vicepresidente decidirá, no yo.

—Señor Dorden, todos hemos comprendido que el tratado era secreto en su negociación, pero... ¿no podría decirnos algo sobre él? ¿Era de índole económica, militar, quizá instalación de bases...?

—El tratado era pacífico en todos sus puntos. La cuestión de armamento y de bases no se había mencionado en ningún momento. Les ruego que no insistan sobre ese tema.

Todavía hubo algunas preguntas más, pero, finalmente, todo se redujo a la información facilitada por Haib Dorden. Finalizadas las preguntas, Dorden agradeció la atención de la prensa norteamericana e internacional, y se retiró con sus compatriotas. En el salón el murmullo de voces era intenso. La policía permanecía allí, y dos de los hombres de la CIA.

Casi en el fondo del salón, Nelson Knox rumiaba la información facilitada oficialmente. ¿De modo que el yate no había sido sabotado? Perfecto, pero... ¿decían la verdad? Se podía admitir razonablemente que sí, pero lo indiscutiblemente cierto era que él no había visto el yate. Maldita sea.

Entonces, y cuando ya todos los periodistas abandonaban el salón sin dejar de hablar, el señor Knox volvió a ver a la pelirroja del horrendo moño, que se había acercado a uno de los policías y estaba hablando con él mientras le mostraba una tarjeta.

El policía escuchaba atentamente a la pelirroja. Por fin, asintió, tomó la tarjeta que ella exhibía, y se acercó a uno de los agentes de la CIA, al que mostró la tarjeta y le dio algunas explicaciones. El agente de la CIA escuchó, inexpresivo, mientras miraba hacia la pelirroja. Por fin, asintió, y, con la tarjeta en la mano, se acercó a ella.

CAPÍTULO III

Nelson Knox contemplaba como fascinado la escena de la pelirroja del horrendo moño conversando con el hombre de la CIA,

que se mostraba visiblemente cortés con ella. Ah, eran muy educados aquellos ejemplares de la CIA. A Nelson le habían parecido elegantes y sobrios ejecutivos de alto nivel. ¿Dónde debían llevar escondido el puñal?

La conversación entre la pelirroja y el hombre de la CIA duró alrededor de tres minutos. Finalmente, el de la CIA hizo un gesto de asentimiento, se guardó la tarjeta que había exhibido la pelirroja, y se alejó. La pelirroja se dirigió hacia la salida del salón, pasando casi rozando a Knox, pero al parecer sin verlo.

Nelson salió tras ella, y así llegaron ambos a la terraza, donde no había nadie en aquel momento. Los periodistas debían estar telefoneando a sus periódicos o escribiendo su artículo, y los clientes del hotel estaban en la playa o algo más alejados, en la piscina. La pelirroja ocupó la misma mesa de antes, y encendió otro cigarrillo. Un camarero se le acercó, pero ella negó, sonriendo; no quería tomar nada de momento, gracias. El camarero se retiró... y el señor Knox se acercó a la pelirroja.

—Hola, ¿qué tal? —insistió; agitó los dedos de una mano—. Muy buenos días tenga usted, señora.

Esta vez la pelirroja ni siquiera le miró. Era simplemente como si él no estuviera allí. Nelson se sentó en una silla frente a ella. Le dolían los labios de sonreír.

—Ya veo que es usted rencorosa, ¿eh? —deslizó.

—Haga el favor de no molestar.

—De modo que sí lo es —refunfuñó Nelson.

—Bastante —asintió ella—. Es uno de mis pocos defectos.

—Pues es un defecto peligroso. Conocí a un tipo rencoroso que todo lo que consiguió, a lo largo del tiempo, fue una tremenda úlcera en el estómago y un espantoso absceso en el trasero. El rencor se le quedó dentro, y se le convirtió en basura. ¿Comprende? ¿Le gustaría a usted que le ocurriera lo mismo?

—Márchese.

—Me llamo Nelson Knox, y soy periodista político.

—No esperará que anote eso en mi diario, ¿verdad? Hoy, día tantos de tantos de mil novecientos tantos, he conocido al señor Knox, periodista político.

—Usted no tardará en tener esa úlcera, ¿sabe? Y a lo mejor también lo otro, con lo que tendría dificultades para sentarse.

—Es usted un patán.

—Oiga, estoy intentando ser amable, se lo aseguro.

—¿De veras? Bueno, tal vez lo esté intentando ahora. Pero no antes.

—Estaba de malhumor.

—Pues ahora lo estoy yo. Lárguese. Usted no es más que un desaprensivo mal educado. Un bichito.

—¿Un «bichito» de metro ochenta y cuatro? —sonrió Nelson.

—A veces cuanto más grande se es más tontería cabe en uno. Se lo voy a decir por última vez: no moleste.

—¿Y qué pasará si sigo molestándola? ¿Eh? ¿Me dará un golpe de karate, me clavará un cuchillo en el ombligo, me pegará un tiro?

—Las tres cosas estarían bien, Señor Knox. —La pelirroja se quitó los lentes de sol—. Si no se aleja de mí va a tener dificultades.

Nelson Knox estaba mirando fascinado los verdes ojos de la pelirroja. Eran preciosos... pero lo habrían sido más de no haber tenido junto al derecho aquel pequeño conjunto de cicatrices que parecía como un dibujo hecho con finas ramas de coral. Movié la cabeza y señaló las cicatrices.

—Caray —dijo—. Ése debe ser otro de sus pequeños defectos.

—Sus dificultades van a comenzar muy pronto, se lo advierto.

—Mire, las cosas son como son, y hay que aceptarlas. Yo soy alto, muy fuerte, rubiales, y más bien feo. Hace tiempo que acepté todo eso. Usted es alta, jamona, tiene unos ojos preciosos, unas cicatrices junto a uno de ellos, y es rencorosa. Ahora ya nos conocemos bien, y podemos intimar. ¿Me permite que la invite a algo? Lo que quiera.

—Si usted espera sonsacarme lo que estuve hablando con el policía y luego con el agente de la CIA es un mentecato, señor Knox.

—Pues no soy un mentecato, porque eso es lo que espero. Vamos, sea simpática, olvide los rencores y piense en ese grano en el culo. ¿Okay?

La pelirroja se puso los lentes, se incorporó, y, pensando que lo que pretendía era marcharse y dejarlo allá como un pasmarote, Nelson Knox cometió una de las equivocaciones de su vida: se puso también en pie y asió por un brazo a la pelirroja, comenzando a decir algo... que no llegó a terminar.

La pelirroja desasíó su brazo haciéndolo girar en torno al de

Nelson Knox, lo metió bajo la axila derecha de éste, agarró con la mano izquierda la manga de su chaqueta tras soltar su bolso, y metió el cuerpo bajo el de Knox, de espaldas a éste, cuyo peso cargó sobre su hombro derecho y espalda. Todo lo que hizo luego fue inclinarse hacia delante, sin dejar de tirar con la mano izquierda de la manga de la chaqueta de Nelson.

Fue de circo. Nelson Knox gritó mientras salía disparado por encima de la pelirroja, dio la vuelta en el aire, cayó de espaldas sobre una mesa cercana, torciendo el parasol pasado por el agujero del centro, rebotó en el soporte del parasol, y vino a dar con su metro ochenta y cuatro de estatura en el duro enlosado de la terraza, donde rebotó, quedó sentado oyendo miles de zumbidos dentro de su cabeza y con la mirada perdida, y, finalmente, consiguió sacudir la cabeza. Los zumbidos cesaron, la visión normal de las cosas de este mundo regresó. La pelirroja estaba recogiendo su bolso.

Hecho esto le miró, y dijo:

—*Ippon seoi nage*, señor Knox: una sencilla proyección de judo.

Nelson se puso en pie, volvió a sacudir la cabeza, y dijo:

—¡Qué maravilla! ¡Judo! ¿No sería tan amable de enseñarme eso?

—Con gusto lo repetiré...

Nelson retrocedió cómicamente. En alguna parte, procedente de seres no visibles en aquel momento, se oyeron risas mal contenidas.

—¡No! —exclamó Nelson—. Enséñemelo, pero en teoría, no en la práctica.

—Es usted un cretino —dijo la pelirroja.

Y se alejó hacia el interior del hotel... en el momento en que aparecía en la terraza el agente de la CIA que había estado hablando con ella. Le devolvió su tarjeta, y estuvieron cuchicheando un par de minutos, observados, cómo no, por el señor Knox, que comenzaba a sentir molestos dolores en la espalda y las nalgas. Una súbita revelación le impulsó a palparse la parte posterior de la cabeza. Bueno, pues sí, allá estaba apareciendo velozmente un magnífico chichón.

Dejó de palpárselo cuando la pelirroja y el hombre de la CIA entraron en el hotel, y corrió tras ellos sin disimulo alguno. En el vestíbulo, otro hombre, evidentemente otro agente de la CIA, estaba esperando a la pelirroja y a su compañero. Apenas hablaron. Simplemente, salieron del hotel, y fueron hacia un automóvil estacionado cerca, con el cual se alejaron. Nelson Knox comenzó a

maldecir mentalmente mientras corría hacia donde se había visto obligado a dejar su coche, al que llegó jadeando. Arrancó sin consideración alguna al tráfico, y un minuto más tarde no podía creer en su suerte: allá iba el coche con la pelirroja dentro. ¡Qué suerte, no lo había perdido!

Minutos más tarde, el coche en cuestión se detenía no muy lejos del lugar desde el cual él y la pelirroja habían estado mirando con prismáticos hacia la zona vigilada. Nelson detuvo el suyo, corrió al abrir el capó, sacó los prismáticos, y los enfocó hacia el trío, que caminaba ahora hacia el mar. Se detuvieron allí. En el doble círculo de los prismáticos, Knox vio cómo uno de los sujetos sacaba una pequeña radio y hablaba por ella. Casi en el acto, una de las tres lanchitas que parecían ocupadas por pescadores se dirigió hacia la costa.

Nelson Knox veía y no creía.

Y todavía quedó más estupefacto cuando, al poco, la pelirroja saltaba a la lancha. Los dos hombres que la habían acompañado hicieron lo mismo. La lancha regresó mar adentro.

«Pero... ¿quién es esa muchacha?, pensó Nelson. ¿La hija del presidente de Estados Unidos?»

Buscó una posición adecuada entre las rocas, dio la máxima potencia a los prismáticos, y siguió la trayectoria de la lanchita. Ésta llegó junto a otra más grande, a la que también saltó la pelirroja. Allí, procedió a un inacabado strip-tease, quedando solamente en sujetador y braguitas. ¡Cielos, qué cuerpo! Mientras se le caía la baba, a Nelson Knox una idea le iba y otra le venía. ¡A que los de la CIA se iban a tirar a la pelirroja...!

Pues no. Nada de eso. A la pelirroja se le facilitó un traje de goma, tubos de aire, aletas, lentes... Todo un equipo para bucear. Dos hombres-rana habían llegado mientras tanto a nado a la lancha, y esperaban junto a ésta. La pelirroja terminó de equiparse, y, simplemente, se lanzó al agua, desapareciendo bajo ésta enseguida, acompañada por los dos hombres-rana.

—La madre que la parió —jadeó Nelson Knox.

Todavía titubeó unos segundos, pero la decisión se hizo firme. Regresó al coche, dejó caer dentro los prismáticos, y sacó todo el flamante equipo para bucear que se había procurado antes de ir a Big Pine Key. Cargado con todo esto volvió a las rocas, buscó un lugar adecuado y procedió a desnudarse, equipándose acto seguido, sin dejar de refunfuñar, porque hacía tres años que no buceaba y era de lo más incómodo equiparse sin ayuda. Pero lo consiguió, y, sin más consideraciones, se deslizó desde las rocas al agua.

¡Ajajá, allá iba Nelson Knox!

«Y que Dios sea piadoso conmigo», pensó.

Pero la piedad del buen Dios, ciertamente, no tenía nada que ver con la vigilancia submarina de que era objeto la zona. Ni siquiera llevaba nadando un par de minutos cuando, frente a él, en las transparentes aguas, divisó los dos tiburones... de la CIA, o de los guardacostas. Nelson intentó esquivarlos, confiando en su gran pericia natatoria, pero los dos hombres-rana no parecieron inmutarse, y partieron tras él sosegadamente. Tenían sus buenos motivos para no inquietarse, porque a los pocos segundos aparecieron otros dos hombres-rana cortándole el paso... En cuestión de segundos, y como era de temer, el señor Knox se encontró dentro de un rectángulo formado por los cuatro buceadores, dos de los cuales, sin aspavientos, le estaban apuntando con pistolas neumáticas cuyos arpones, finos y relucientes, podían clavarse en el cuerpo de Nelson como si éste fuese de mantequilla. Uno de los que no parecían armados se colocó ante Nelson, y le hizo señas de que le siguiera. Resignado, Nelson Knox partió tras él, mientras los otros tres lo hacían en su pos.

Que no se dijera que Nelson Knox no lo había intentado.

Cinco minutos más tarde era ayudado a subir a una de las lanchas, donde, vaya, ¡qué casualidad!, estaban los dos hombres que habían acompañado a la pelirroja. El hombre-rana que le había guiado subió tras él, ya liberado de la lente y la boquilla, y lo señaló.

—No ha opuesto resistencia —dijo.

—Toma éste —gruñó Nelson, tras escupir la boquilla—, ¡a ver quién era el guapo que se atrevía, cuatro contra uno!

—¿Quién demonios es usted? —gruñó uno de los acompañantes de la pelirroja.

—Es un periodista —dijo el otro—. Le vi antes en la sala. Y en la terraza también.

—¡Ah! ¿Se fijó usted en mí? —se pasmó Nelson—. ¿Es que le gusto?

Todos los ocupantes de la lancha se quedaron mirándole fijamente. Por fin, el que le había reconocido, dijo:

—Se ha metido usted en un buen lío, amigo. Y no nos venga con el cuento de que ignoraba que estaba prohibido meterse en estas aguas.

—De acuerdo. ¿Qué tiene ella que no tenga yo? Aparte de un sexo diferente, se entiende. Y no me vengan con el cuento de que no saben

que les estoy hablando de la pelirroja. De modo que... ¿qué tiene ella que no tenga yo?

No recibió respuesta. Dos de los hombres-rana desaparecieron bajo las aguas. Los otros dos parecieron aprovechar el momento para descansar, pero rechazaron cigarrillos.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó uno de los acompañantes de la pelirroja.

—Nelson Knox. Periodista político.

—Ya, ya. Eso será fácil de comprobar, aunque le creemos. ¿Qué pretendía usted?

—Ver el yate, y asegurarme de que no sufrió un atentado.

—No hace mucho, señor Knox, pudo usted escuchar todas las explicaciones que pudieran desearse sobre eso.

—No tengo por qué creerlas.

—Pues ha hecho muy mal. Se ha complicado la vida.

—Ustedes no pueden hacerme nada. Soy un honrado ciudadano americano que está haciendo su trabajo.

No le replicaron. Pero el modo irónico con que lo miraron puso un repeluzno en la espalda de Nelson. Las aguas estaban tranquilas, apenas se movían. Nelson miró hacia la costa del cayo, allá donde se había estrellado el *Empire* para luego, destrozado, ser engullido hacia el fondo del mar, donde había quedado encallado en el fondo arenoso. Los dos tipos que habían acompañado a la pelirroja estaban fumando. Nelson habría dado una mano por un cigarrillo, pero jamás patearía su orgullo. Se quedó sin fumar. Debían ser las once y media de la mañana.

Casi a las doce y media la pelirroja emergió junto a la lancha, y fue ayudada a izarse a ésta. En cuanto su cabeza apareció por la borda vio a Nelson, y se quedó mirándolo quietamente, sin que pareciera en absoluto sorprendida. Terminó de subir a bordo, se sentó y dijo:

—De modo que era cierto que nos seguía.

—¿Es él, señorita Maynard?

—Sí, es el estúpido desaprensivo.

—La voy a demandar por injurias... —dijo Nelson—. ¡Ustedes son testigos de que me ha insultado!

—Deje de hacerse el idiota, señor Knox.

—Está bien. Entonces, escuchen esto: quiero saber por qué a ella le han permitido ir a ver ese yate. Y si no me lo dicen...

—¿Qué? —preguntó uno de la CIA.

—Escribiré en mi periódico que la señorita Maynard es un agente especial o lo que sea de la CIA.

—¿Dentro de treinta años, señor Knox? —preguntó amablemente uno de la CIA.

—¿Qué?

—Le vamos a llevar a tierra, va a ser enviado a Langley, encerrado en un lugar adecuado, y sometido a interrogatorio durante treinta años, hasta que nos convenzamos de que es usted lo que dice ser. ¿Le gustaría eso? Para el mundo entero el señor Knox habrá desaparecido, y hasta puede que se le dé por fallecido, pero no será así: la CIA va a tener el gusto de ocuparse de usted durante los próximos treinta años. ¿Qué le parece?

—Ustedes no pueden hacer eso —jadeó Nelson.

—¿No?

El sencillo monosílabo inquisitivo quedó flotando en la brisa marina, deliciosamente salobre. Nelson Knox fue mirando de uno a otro los rostros de los hombres que le contemplaban con frío sarcasmo. La pelirroja comenzó a desprenderse del equipo, y uno de los hombres se apresuró a ayudarla. Cuando quedó de nuevo en sujetador y braguitas Nelson la miró a placer. Es decir, a sus anchas, pero no a placer. Estaba imposibilitado absolutamente para el placer ante la perspectiva de su futuro.

—No pueden estar hablando en serio —murmuró—. Además, hay una persona que sabe que estoy metido en esto, y revolverá cielo y tierra hasta dar conmigo. También ustedes van a complicarse la vida.

—¿Quién es esa persona?

—Un amigo. Y no conseguirán que les diga quién es.

La incredulidad apareció en los rostros de los hombres de la CIA. La pelirroja, que miraba estupefacta a Nelson, terminó por soltar una carcajada. Luego, miró a sus acompañantes.

—¿Realmente creen que vale la pena darle tanta importancia a este sujeto? —preguntó—. ¿No tienen ustedes mejores cosas que hacer durante los próximos treinta años?

El planteamiento dado a la situación por la señorita Maynard dio que pensar a los hombres de la CIA. Por fin, uno de ellos suspiró.

—Señor Knox, hoy es su día de suerte. Mire, vamos a dejar las cosas así. Haremos un trato. Considerando que usted no ha ocasionado molestias, y mucho menos peligros, y que no ha conseguido lo que quería, nosotros vamos a ignorar su presencia y su existencia. Con una sola condición: usted se larga de aquí ahora mismo, bien metida en su cabeza la advertencia de que si insiste las cosas no serán tan fáciles para usted. ¿Entendido? Pues vuelva a la costa y deje de fastidiar. A... ah, señor Knox: ni una sola palabra. Si abre la roca lo llevamos a Langley.

Nelson Knox miró a los de la CIA, a la pelirroja, de nuevo a los de la CIA. Sin despegar los labios, se colocó los lentes y la boquilla y se dispuso a saltar al agua.

—Señor Knox —oyó todavía—, nos resistimos a creer que pueda haber en este absurdo mundo alguien tan tonto como para no dirigirse directo hacia la costa.

¡Chop!, sonó el cuerpo del señor Knox al hundirse en el mar.

—Espero que el señor Knox sea un nadador resistente —sonrió la señorita Maynard.

—Más le vale. ¿Lista para regresar?

—Cuando gusten. Han sido muy amables.

—Hemos hecho un trato —gruñó uno de sus acompañantes—, eso es todo.

—De cualquier manera han sido muy amables... —les miró con encantadora expresión la pelirroja—. ¡Para que luego digan que la gente de la CIA es difícil de tratar...!

CAPÍTULO IV

Hacia las cinco de la tarde, evidentemente tras una magnífica siesta, la pelirroja señorita Maynard apareció en el vestíbulo del hotel, dejó la llave de su habitación en la conserjería, y salió a la avenida. Se dirigió hacia el lugar donde por la mañana se había visto obligada a dejar su coche, se metió en él, y partió.

Muy discretamente, otro coche partió casi enseguida en la dirección tomada por la señorita Maynard, que conducía sin prisas. Pero sin pausas. Muy pronto dejó atrás la población de Big Pine, y poco después circulaba con mar a ambos lados de la carretera que unía los cayos, en dirección al Summerland Key. Llegó a éste, y, de

pronto, el coche que la seguía aceleró y se colocó a su izquierda, como dispuesto a adelantarla. Normal y corriente, así que la señorita Maynard ni siquiera se molestó en mirar el otro coche... hasta que reparó en que llevaba junto a ella más tiempo del necesario para adelantarla.

Entonces sí volvió la cabeza, un tanto irritada su expresión... que quedó como paralizada en su rostro un instante, para inmediatamente convertirse en otra de susto: desde la ventanilla derecha del otro coche, un hombre asomado la apuntaba con una pistola provista de silenciador. Al verse mirado el hombre sonrió amablemente, y movió la pistola hacia fuera de la carretera.

—Conduzca hasta la primera salida a campo abierto que encuentre —le dijo el hombre en inglés, pero con acento extranjero—. Una vez allí, deténgase.

La señorita Maynard parpadeó, visiblemente asustada. Luego asintió, y miró hacia delante con los ojos muy abiertos. El otro coche se colocó tras el suyo, quedando patente que los dos hombres que lo ocupaban no temían en absoluto una reacción fugitiva por parte de la pelirroja. Y tenían motivos: podían reventarle los neumáticos a balazos, o podían alcanzarla de nuevo y disparar contra ella, o echar su coche fuera de la carretera...

La señorita Maynard debía comprender esto perfectamente, porque condujo sin intentar la fuga, y, en cuanto vio la posibilidad de dejar la carretera, lo hizo, metiendo el coche en el áspero terreno. Lo detuvo entonces. El hombre de la pistola se apeó del suyo, y fue a sentarse junto a la pelirroja.

—Siga conduciendo alejándose de la carretera, y pare en cualquier sitio donde haya algo de sombra. Palmeras, o algo así.

—¿Quiénes son ustedes? —tartamudeó ella, mirando la pistola—. ¿Qué... qué quieren de mí?

—Conversación, nada más. No tema, no vamos a violarla, no se trata de nada de eso. Vamos, déjese de charlas ahora y busque ese sitio.

No fue difícil. El otro coche se detuvo detrás el de la pelirroja, y el conductor se acercó, se inclinó hacia la ventanilla, y miró el tenso rostro de la muchacha. Parpadeó al ver el pequeño entramado de cicatrices junto al ojo, y dijo:

—Tranquila. ¿Va armada?

—¿Yo...? ¡Claro que no!

El hombre miró a su compañero, que abrió el bolso de la pelirroja, del cual se había apoderado al entrar en el coche. Lo examinó rápidamente, con ágiles y expertos dedos. Lo único que pareció merecer su interés fue una tarjeta de identificación plastificada. La leyó, sonrió irónicamente, y la tendió a su compañero por delante del rostro femenino.

—Formidable —dijo—. Una agente de seguros.

El otro tomó la tarjeta y la leyó a su vez. Estaba extendida a nombre de miss Rita Maynard, agente de la Sea Insurance de Nueva York. Por supuesto era una identificación laboral privada, no un documento oficial.

—Bueno, salga del coche —dijo, guardándose la tarjeta—. Y no tema: no va a ocurrirle nada desagradable, a menos que usted lo provoque.

Rita Maynard se apeó. El hombre le hizo dar la vuelta, le indicó que colocara las manos sobre el techo del vehículo, y la registró con notoria habilidad, pasando las manos sin grosería pero con firmeza por los senos de la pelirroja y por sus ingles y bajo vientre. El otro se había apeado también, y los miraba a ambos en silencio.

—Vuélvase.

Rita se volvió. Su mirada iba de uno a otro hombre. Se detuvo por un instante en la cicatriz que uno de ellos tenía en el lado derecho de la nariz, y parpadeó. Parecía que su sobresalto iba cediendo. El hombre sacó de nuevo la tarjeta de identificación de la Sea Insurance, y la exhibió.

—Mire, los tres sabemos que un documento como éste lo puede tener hasta un niño. No digo que no sea auténtico, pero no significa nada para nosotros. Lo que quiero decir es que no creemos que usted sea agente de seguros...

—No soy propiamente agente de seguros: soy inspectora.

—¿Inspectora?

—Investigo cuando ocurre un siniestro por el que mi compañía debe pagar la correspondiente prima.

—Señorita Maynard, nosotros la hemos visto en compañía de los hombres de la CIA. Usted fue con dos de ellos a la zona marítima vigilada, y se la autorizó a bucear. Es más, se le facilitó mucho todo, incluyendo un equipo completo. ¿Fue así?

—Sí... Sí, sí.

—¿Vio usted el yate *Empire* en el fondo?

—Sí.

—¿Lo examinó?

—Sí, claro. Es mi trabajo.

—La CIA ya tiene expertos que están realizando ese trabajo.

—Sí, lo sé, pero yo debía convencerme por mí misma. Mi compañía...

—Señorita Maynard, nosotros creemos que su «compañía» es la CIA. Esta tarjeta de identificación es una cobertura cualquiera de las miles que se pueden utilizar. Para nosotros, usted es una agente de la CIA. Así que no comprendemos por qué todo este lío de presentarse como inspectora de seguros y trabajar como en desconexión con la propia CIA. Veamos: ¿es usted alguien... especialmente especial?

—No comprendo... lo que quiere decir.

—¿Tal vez la CIA la ha utilizado de modo extra porque sus ojos ven más que los de los agentes corrientes?

—Escuche, no entiendo lo que trata de decir. Yo trabajo para la Sea Insurance desde hace años. Fui contratada tras unos tests muy severos tanto en capacidad mental como física, y posteriormente recibí adiestramiento especial en varios cursillos sobre accidentes en el mar. Ahora soy una de las mejores inspectoras de la compañía en ese ámbito, y, simplemente, me han enviado a Big Pine para cerciorarme de que lo sucedido con el yate *Empire* fue un accidente, ya que si su hundimiento y las muertes de esas personas fueron debidas a causas provocadas la prima no será pagada.

—Es decir, que el yate *Empire* estaba asegurado en la Sea Insurance.

—Evidentemente.

—Y usted es una inspectora de siniestros de esa compañía.

—Sí.

—Muy bien. Ahora sea tan amable de decirme por qué la CIA, que está vigilando la zona como si se tratase de un silo submarino de armas atómicas, le ha permitido a usted y a nadie más que a usted, echar un vistazo al yate.

—Bueno... Hicimos un trato.

—¿Qué trato?

Rita Maynard miró a uno y otro hombre, bajó luego la mirada, y permaneció en silencio. Los dos hombres, como conectados uno al otro, fruncieron el ceño. El que había viajado con ella dijo, entre incrédulo e irritado:

—Su silencio sólo puede ocasionarle disgustos, señorita Maynard.

—En el trato se incluía precisamente mi silencio —murmuró ella mirándole.

—Lo comprendemos —dijo el otro—. Pero las circunstancias actuales de usted aconsejan que rompa ese silencio.

—Nunca he faltado a un trato con nadie, y hacerlo precisamente con la CIA me parece... peligroso.

—¿Peligroso? Mire, la CIA no está aquí, y nosotros sí. No queremos ser violentos, pero usted nos está impacientando.

—Enfoquemos las cosas de modo diferente —dijo el otro—. Usted vio el yate. Bien: ¿se hundió por lo que dicen o hubo alguna otra causa?

—Fue un auténtico accidente.

—¿Está segura de eso?

—Hace años que trabajo en esto. Estoy completamente segura.

—¿Nada de bombas, ni averías, ni cargas explosivas, sabotaje de un modo u otro...?

—Nada de todo eso. Un accidente. La versión oficial es buena para mí.

—Ya. Y le resulta fácil decirnos eso, ya que sigue la línea de información pública de la CIA y la policía. Está bien, no vamos a insistir en eso, ya que es cierto que hubo ese temporal, y podría ser cierto. Pero ahora queremos saber qué trato hizo usted con la CIA que les obligó a permitirle examinar el yate. Porque usted les obligó, ¿no es cierto?

—Sí... Sí.

—Bien. ¿De qué modo los presionó, y cuál fue el trato entre ustedes?

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó a su vez Rita Maynard—. ¿Qué es lo que quieren exactamente?

—No se desmande —sonrió el otro—. Nosotros hacemos las preguntas. Al igual que usted, estamos trabajando. Aceptamos la versión oficial de los hechos, de acuerdo. Ahora, díganos cuál fue ese

trato, la dejaremos en paz y nos iremos. De verdad. Veá, todo está en orden.

El hombre metió la tarjeta de la Sea Insurance dentro del bolso de Rita, lo cerró, y lo tiró dentro del coche. Luego, se quedó mirándola. El otro dijo amablemente:

—Créame: también le interesa hacer un trato con nosotros. Y le aseguramos que nadie va a enterarse. Y menos que nadie la CIA. Será como si usted jamás nos hubiera visto... como si no existiéramos. ¿Le parece bien?

Rita volvía a mirar de uno a otro.

—No puedo —murmuró—. ¡Nunca he faltado a un trato, nunca!

El que le había devuelto la tarjeta no insistió más... al menos verbalmente. Sin más, disparó su puño derecho hacia el vientre de Rita. No fue un puñetazo excesivamente cruel, pero la muchacha emitió un gemido, se dobló sobre sí misma, y cayó de rodillas. El hombre la agarró por el horrendo moño, y la puso en pie de un tirón, mostrándole el otro puño.

—Lamentándolo mucho, vamos a tener que...

—Buenas tardes —dijo una voz tras los dos hombres—. ¿Saben si se va por aquí a California?

El hombre soltó a Rita, y, como el otro, se volvió velozmente, crispado el rostro, moviendo la mano derecha hacia su axila izquierda... Ambos se detuvieron en seco en este gesto, al ver al hombre que les miraba desde unos siete u ocho metros. Un sujeto alto, más bien rubio y tirando a feo... que tenía la mano derecha metida en el bolsillo de la chaqueta; la tela se proyectaba de modo revelador.

—Dos chicos listos —dijo el señor Knox—. Sigan demostrando que lo son poniendo sus manazas sobre sus cabezotas. Y no se muevan mientras la señorita Maynard les quita sus armas. ¿Puede hacerlo, señorita Maynard? ¿Cómo va esa barriguita?

Rita Maynard se había puesto en pie, y miraba a Nelson Knox como si éste fuese un aparecido fantasmal. Se limitó a asentir con la cabeza... mientras el sujeto de la cicatriz en un lado de la nariz decía:

—No está armado: es su dedo el que...

—Si cree que lo que parece una pistola es un dedo mío, haga algo para enfadarme —dijo Knox—. ¡Y a ver qué pasa!

El otro sonrió de pronto, bajó las manos, y deslizó la derecha hacia el sobaco opuesto... Nelson Knox retiró velozmente la mano del

bolsillo, apuntó con su pistola al sujeto, y disparó. La bala acertó al hombre en el hombro derecho, lo empujó girando contra el coche, rebotó contra éste de frente, y cayó sentado. El otro, ahogando un grito, quiso también sacar su arma de la funda axilar, pero cometió el error de olvidar a Rita Maynard. Cuando la recordó, ya era tarde... Recibió un codazo en el vientre, se inclinó hacia delante todavía intentando desenfundar el arma... y el puño derecho de la señorita Maynard se alzó como un relámpago hacia su barbilla. El sujeto tuvo la sensación de que una bomba estallaba en su rostro, toda su cabeza crujó, vio miles de puntitos luminosos... y se derrumbó hacia delante, sin sentido.

Sentado en el suelo con gesto de dolor, el herido miraba con expresión desorbitada a la señorita Maynard, que no le dio tiempo a nada. Le disparó el pie derecho a la barbilla, el hombre puso los ojos en blanco, y cayó de espaldas misericordiosamente desvanecido.

—¡Caracoles! —exclamó el atónito señor Knox—. ¡Caracoles y mil caracoles...! No tengo más remedio que creerme eso de los severos tests mentales... y físicos. Está claro que la Sea Insurance sabe contratar a su personal.

—¿Nos ha estado escuchando?

—Toma, claro. Y habría seguido haciéndolo si las cosas no se le hubieran puesto tan desagradables a usted. Si no quiere no me dé las gracias.

—Gracias, señor Knox.

—Se merecen. Demonios, de modo que además de judo sabe karate, ¿eh?

—La vida es dura.

—Sí —reflexionó Nelson—. Eso es cierto. Y usted también. Debe ser tan dura que a lo mejor si le beso los labios descubriré que son de piedra. No me gustan las mujeres duras.

—Tal vez no sea dura siempre —sonrió Rita Maynard.

—Sí, tal vez. Extraños tipos, ¿verdad? Me pregunto qué podemos hacer con ellos.

—La solución es simple por demás, señor Knox. Ellos se han estado interesando mucho por las actividades de la CIA, así que lo que vamos a hacer es entregarlos a la CIA. Sólo tenemos que dejarlos aquí bien atados, regresar a Big Pine, y decirle a uno de ellos que les hemos dejado aquí a estos dos sujetos.

—Ya. La idea no es mala. Pero usted se alejaba de Big Pine, iba

hacia el extremo de los cayos, hacia Key West. ¿Qué iba a hacer en esa dirección? ¿Adónde iba exactamente?

—Solamente iba a dar un paseo; me ayuda a reflexionar dar un paseo en coche, sobre todo si veo el mar.

—¿Y qué tenía que reflexionar?

—El modo de enfocar mi informe definitivo para la compañía.

—Ah. Conque inspectora de seguros, ¿eh?

—Cada cual es lo que puede.

Nelson Knox ladeó la cabeza, estuvo unos segundos estudiando en profundidad a Rita Maynard, y, por fin, sonriendo, se guardó su pistola. En silencio, comenzó a procurarse cosas para atar a los dos hombres, tarea en la que, también en silencio, colaboró Rita Maynard. Corbatas, cordones de zapatos, y algunos trozos de hilo de nylon que encontraron precisamente en el maletero del coche de los hombres, aportaron material más que suficiente. Los dos hombres fueron acomodados dentro de su coche, Nelson lo cerró, se guardó las llaves, y dijo, mirando a Rita:

—Tal vez hemos debido interesarnos más a fondo por ellos.

—La CIA lo hará.

—Sin duda. Pero a mí me interesan estos dos sujetos, ya que evidentemente tienen interés por este asunto. ¿De verdad fue un simple accidente lo del yate?

—De verdad.

—¿Se aseguró usted con sus ojos de experta? ¿Con sus propios ojos?

—Por supuesto.

—De acuerdo. Misión cumplida, por lo que a mí respecta. Pero hay una cosa que me tiene intrigadísimo: ¿qué trato hizo usted con la CIA?

—Señor Knox, ya me oyó usted decir que nunca...

—Oiga, me debe la vida, ¿no es así? —gruñó Nelson—. Pues pague de algún modo, demonios. Sólo se tiene una vida, y usted la conserva gracias a mí.

Por un instante, a Nelson Knox le pareció que por los verdes ojos de la señorita Maynard pasaba un destello como de risa. Pero debió ser una alucinación, porque la señorita Maynard estaba muy seria.

—Vamos a hacer una cosa, señor Knox —propuso ella—. Regresamos al hotel, yo les explico a los de la CIA lo que ha ocurrido, les entrego las llaves del coche de estos hombres, y les pido que me autoricen a sincerarme con usted. Si me autorizan, lo haré. No me fuerce a faltar a mi palabra.

—¿Esto es un trato de los suyos?

—Sí.

—De acuerdo. Pero mire, señorita Maynard, yo soy un fisgón de profesión y de vocación, de modo que si la CIA niega esa autorización me parece que insistiré a mi modo. Es una cuestión de amor propio, ¿comprende? Y otra cosa: la voy a estar esperando en el bar antes de la hora de la cena, y si usted no aparece habrá follón. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

CAPÍTULO V

La señorita Maynard apareció en el bar, localizó al señor Knox sentado a una mesa ante un martini con cebollita, y fue a sentarse frente a él. Knox la miró con aprobación, y señaló su martini.

—¿Quiere uno? —ofreció.

—Sí, gracias.

Nelson pidió el martini para la señorita Maynard, la miró, sonrió hoscamente, y preguntó:

—¿Y bien?

—Permiso concedido.

—¿De veras? —Nelson entornó los párpados—. Eso me sorprende mucho en la CIA, francamente.

—A mí también, pero lo cierto es que me han autorizado. Y no voy a contarle mentiras, señor Knox.

—Pues me estaba temiendo que sí, que habrían tramado algún embuste.

—Lo he supuesto. Pero no, nada de mentiras.

—La escucho.

—Tal como usted ya se ha enterado, trabajo para la Sea Insurance como inspectora de siniestros relacionados con las pólizas que contratamos con personas o entidades que poseen barcos de cualquier

clase. El señor Richard Dunning, una de las víctimas del accidente y propietario del *Empire*, tenía una póliza de nuestra compañía. La póliza abarcaba el seguro del yate, y, además, determinadas primas sobre las personas que, viajando en el *Empire*, se vieran afectadas de un modo u otro por cualquier tipo de siniestro, incluida la muerte. Lo ocurrido al *Empire* va a significarle a mi compañía un desembolso nada despreciable en concepto de primas diversas, así que, antes de pagar, como es lógico, hemos querido asegurarnos de que se trataba de un accidente genuino, ya que de no ser así la compañía no está obligada a pagar ninguna clase de prima, por expreso acuerdo con el señor Richard Dunning.

—Entiendo eso —parpadeó Nelson—. Pero... ¿de qué modo ha podido utilizarlo para presionar a la CIA?

El camarero trajo el martini con cebollita para Rita Maynard. Ésta miró la cebollita, frunció el ceño, y tras titubear pinzó el extremo del palillo con dos dedos, sacó la cebollita, y se la introdujo en la boca.

—Es horrible —dijo segundos después—. ¡Martini con cebollita!

—A mucha gente le gusta. A mí, por ejemplo.

—Cada cual con sus gustos.

—Estoy esperando su respuesta, señorita Maynard.

—Bien... El señor Richard Dunning era un gángster.

—¿Un qué? —se asomó Nelson.

—Un gángster de altísimos vuelos. Y lo crea o no, de Chicago. Esto es algo que tarde o temprano sabrán usted y los demás periodistas, señor Knox.

—Maldita sea... ¡Por eso la ha autorizado la CIA a decírmelo!

—Supongo que sí —sonrió Rita Maynard—. Bien, el caso es que yo sabía eso desde el primer momento, claro está, pues la Sea Insurance investigó al señor Dunning antes de contratar su póliza. Y precisamente al averiguar que las actividades del señor Dunning, si bien de guante blanco y en elevadas esferas, eran... digamos inquietantes, fue cuando impusimos unas condiciones que podrían considerarse duras en la póliza. Por ejemplo, aunque remoto y quizá ya pasado de moda, existía el riesgo de que cualquier día el señor Dunning sufriese un atentado de cualquier clase proveniente de... rivales en sus negocios. Estas cosas ocurren todavía, y al negociar la póliza con el señor Dunning la Sea Insurance no se anduvo por las ramas, le dijo al señor Dunning bien claramente que sabía determinadas cosas de él y que sólo bajo tales y tales condiciones

extendería la póliza que él quería. Esas condiciones, básicamente, se reducen a que si las causas de siniestro del *Empire* o del fallecimiento del señor Dunning, ya sea en el mar o en tierra, no son probadamente fortuitas, indiscutiblemente fortuitas, la compañía no pagará prima alguna por ningún concepto. De modo que, naturalmente, la compañía me envió para asegurarse de que el accidente del *Empire* no era otra cosa... como una bomba, un asesinato en masa, cosas así.

—¡Caray! ¿Y la CIA no quiere que eso se divulgue?

—No.

—Pero tarde o temprano alguien levantará la liebre, ¿no?

—Por supuesto. Pero la CIA, además de tener la remota esperanza de que no suceda así, desea mantenerlo en secreto el máximo tiempo posible. Por eso, cuando les dije quién era, que sabía todo lo referente al señor Dunning, y que mi compañía iba a armar un escándalo si no me permitían examinar el yate, aceptaron mis exigencias como mal menor.

—Ya. ¿Y su compañía va a pagar?

—Temo que tendremos que hacerlo, ya que fue un accidente.

—Claro. ¿Y por qué la CIA está reteniendo esa información, e incluso deseando que nunca se conozca por el público?

—No me lo han dicho claramente —sonrió Rita—, pero se me ha ocurrido algo.

—Ah. Por ejemplo, se le ha ocurrido a usted que puesto que el gobierno de los Estados Unidos estaba dispuesto a negociar un tratado con Afrikaan, en Washington no agradaría que se supiera que estaban tratando con un presidente que quizá, de un modo u otro, tenía realmente relaciones con un gángster de alto vuelo norteamericano. Así que la CIA, mientras el resto del mundo pierde el tiempo, está investigando a fondo las actividades del señor Dunning, si viajó alguna vez a Afrikaan, quiénes eran sus amigos y quiénes sus enemigos, y todo eso. ¿Correcto?

—Correcto, señor Knox. Es todo un artículo político, ¿verdad? Porque en efecto, el mundo se preguntaría: ¿qué clase de relación podía haber entre el presidente Ristaaj y un gángster como Richard Dunning? ¿No sabía eso la CIA? ¿No sabía eso Washington? Y si Washington lo sabía... ¿qué podían estar tramando Washington, el presidente Ristaaj... y el gángster Richard Dunning?

—Coño, qué feo asunto —sonrió Nelson.

—En mi opinión no lo es. No había ninguna relación entre Ristaaj

y Richard Dunning.

—O sea, que un presidente en viaje de incógnito se sube a un yate con unos desconocidos a tomar unas copas, ¿eh? ¿Así de simple?

—Ésa ya es otra cuestión.

—Es la misma. ¿Usted se lo cree, eso de que Ristaaj no conocía al gángster?

—No sé qué pensar en definitiva. Pero de momento me inclino a creer que no se conocían.

—¿Y acepta tranquilamente que el presidente se fuese a tomar unas copas con unos desconocidos?

—Estamos dándole vueltas a lo mismo, señor Knox.

—Tiene razón. Pero yo no encuentro esto nada normal. Un presidente de un país no sube a un yate de unos desconocidos a tomar unas copas... ¡Caray, no es normal! Debía haber otros motivos.

—¿Por ejemplo? —alzó una ceja Rita.

—En este momento no se me ocurre ninguno.

—Es una lástima. Bien, señor Knox, parece que hemos llegado a un punto muerto. En lo que a mí respecta he terminado, así que me iré del hotel por la mañana. ¿Tiene usted intenciones de seguir con el asunto?

—No puede usted marcharse —gruñó Nelson.

—¿Por qué no?

—¿No le gustaría encontrar alguna respuesta a nuestra pregunta sobre esa posible relación entre el presidente Ristaaj y un gángster como Dunning?

—Si eso iba a beneficiar a mi compañía de algún modo, sí; pero no me parece que sea ése el caso. Tendremos que pagar, de todos modos.

—De modo que no es usted curiosa fuera de su trabajo.

—¿Qué beneficio podría reportarme saber la clase de posibles relaciones personales entre Richard Dunning y Alex Ristaaj?

—Eso nunca se sabe.

—Tal vez tenga razón —sonrió Rita Maynard—. Pero dígame, ¿por qué insiste tanto?

—Es que me gustaría invitarla a cenar.

—Ya hemos agotado el tema, ¿no?

—Podríamos hablar de cualquier otra cosa. Hay miles de temas dignos de ser comentados.

—Sin duda. Pero... ¿por qué conmigo? Apenas nos conocemos.

—Precisamente. Podríamos llegar a conocernos mejor.

—¿Con qué objeto?

—¡Jolines ya...! ¿Quiere cenar conmigo o no?

Rita Maynard se quedó mirando especulativamente a Nelson Knox. Justo en aquel momento entraron dos hombres en el bar, y enseguida comenzó a extenderse por éste el rumor... En cuestión de segundos, la noticia se extendió, no ya como rumor, sino como noticia en firme: habían sido hallados aquella tarde otros dos cadáveres de las personas fallecidas en el accidente del yate *Empire*, uno de ellos un hombre, que por supuesto no podía ser otro que Alain Goffinet a juzgar por las descripciones facilitadas; el otro cadáver correspondía a una de las chicas, aunque todavía se ignoraba a cuál.

—Bien —murmuró Rita Maynard—, de modo que faltan todavía los cadáveres de la otra chica, del presidente Ristaaj, y de su guardaespaldas Obongo.

—También los encontrarán —dijo Nelson—. ¿Cenamos juntos?

—¿No debería interesarse más a fondo por la noticia?

—Hay tiempo —encogió los hombros Nelson—. Oiga, ya me estoy hartando de insistir, ¿sabe? ¿Cenamos juntos o no?

Rita Maynard sonrió.

—Tal vez acepte si me lo pide otra vez, señor Knox.

—Maldita sea mi estampa si lo hago —masculló él—. ¿Quién demonios se ha creído que es usted?

—Una mujer rencorosa —sonrió Rita, de nuevo.

—Pues con su pan se lo coma.

—Le aseguro que no pienso comerme mi rencor. Lo que pienso comer es algo más apetitoso. Creo que me he ganado una buena cena. ¿Le he dado ya las gracias por su asqueroso aperitivo?

Rita Maynard se puso en pie, y se alejó, dejando a Nelson dado a todos los demonios. Bueno, ¿y eso por qué? Ciertamente, a pesar de aquel adorno que parecía de coral junto a un ojo, Rita Maynard era mucho más guapa que él, y tenía unos ojos que fascinaban. Y él era tirando a

feo. Muy bien, pero una cosa es ser feo y otra es carecer de dignidad. Exacto.

Poco después, el señor Knox coincidió con la señorita Maynard en el comedor. La estuvo mirando mientras ambos cenaban, pero al parecer él había dejado de existir para la señorita Maynard, lo que sumió a Knox en profundas meditaciones sobre el rencor.

Hacia mitad de la cena, un camarero se acercó a Nelson y le dijo que tenía una llamada telefónica. Nelson le pidió que conectara un teléfono a la instalación de la mesa, y atendió la llamada desde allí. Se dio cuenta de que entonces sí le miraba con cierta expectación la señorita Maynard, y contuvo una sonrisa. Estaba fresca si creía que iba a poder escuchar ni una sola palabra.

—¿Sí? —murmuró.

—...

—Ah, es usted... Sí, yo soy yo.

—...

—Conforme. ¿Algo más?

—...

—Hasta luego, entonces.

El señor Knox colgó, y continuó cenando tranquilamente. La señorita Maynard parecía haber perdido de nuevo todo interés por él.

* * *

Después de cenar, Nelson Knox pasó de nuevo al bar, donde tomó un whisky solo mientras reflexionaba, y, ocasionalmente, cambiaba comentarios sobre el accidente con algunos periodistas. Hacia las nueve y media, al parecer aburrido del segundo whisky, de los periodistas y de la conversación, abandonó el bar, y cruzó el vestíbulo del hotel hacia la salida.

Un minuto más tarde partía en su coche en dirección este, dejando muy pronto atrás Big Pine. Apenas había recorrido dos millas cuando comenzó a hacer señales con las luces del coche. Después de hacerlo por tercera vez vio por el retrovisor las luces de otro coche haciendo la misma señal. Nelson Knox condujo todavía hasta encontrar un discreto lugar a la derecha de la carretera, sacó el coche de ésta, frenó, y paró el motor y apagó las luces. Segundos después el otro coche se detenía tras el suyo, y la mujer se apeó. Nelson hizo lo mismo entonces, y acudió a su encuentro.

La vio perfectamente a la luz de la luna, y la identificó. Cuando se

detuvieron uno frente a otro Nelson Knox sonrió, escrutando el plateado rostro de la bella muchacha rubia.

—¿Qué tal, Celeste? —saludó con desenvuelta cordialidad.

—Bien. Ya le dije que estaría cerca de usted, señor Knox.

—Podría estar más cerca —sugirió Nelson—. Hay una cosa que se llama abrazo, ¿sabe?

—Déjese de tonterías. Cuando le contraté en Miami me parece que quedó bien claro que no habría nada de eso entre nosotros. ¿Ha conseguido algo?

—Todo. Pero me pregunto si trae usted los cincuenta mil dólares. Ya que nuestras relaciones son estrictamente de negocios...

—Si usted ha hecho su trabajo tendrá su dinero. No tengo la menor intención de complicarme la vida con un sujeto como usted.

—¿Un sujeto como yo? —frunció el ceño Nelson—. Escuche, encanto, yo soy un modesto pero honrado detective privado que la mayor mentira que ha dicho en su vida ha sido la de hacerse pasar por periodista político... lo que quizá no tardando mucho me ocasione problemas con la CIA si les da por investigarme a fondo, lo que seguramente harán. Con la CIA no se juega, amiguita, ¿sabía esto? Así que me ha metido usted en un buen lío.

—Nadie le dijo que iba a ser fácil ganarse cincuenta mil dólares.

—De acuerdo en eso. Pero en cuestión de horas la CIA va a salir a cazarme, y no quiero andar por ahí como un conejo asustado. Quiero tener algo para defenderme.

—¿Quiere armas? —se sorprendió la rubia Celeste.

—No sea absurda. Tengo mi pistola, y la CIA ya lo sabe. Pero es lo mismo que tener un tirachinas cuando a uno le ataca una manada de tigres. Me parece que no entiende usted bien de qué va la cosa cuando le hablo de la CIA. Quizá sea porque no entiende de eso, y que de lo que sí entiende es de gángsters.

—De modo que se ha enterado —susurró Celeste.

—La CIA también sabe que Richard Dunning, el propietario del *Empire*, era un gángster. Y saben que yo lo sé. Lo que no saben es que usted existe y que es quien me contrató. Y yo no pienso decírselo si usted se aviene a razones.

—¿Qué razones?

—Veamos... Quiero mis cincuenta mil, en primer lugar, y a

cambio de eso le pasaré el informe. Luego, seguiremos conversando. ¿Ha traído el dinero?

—Sí. Está en el coche.

—Pues vaya a buscarlo. Y nada de renuencias, porque o bien hacemos el trato entre usted y yo, pero ahora y a mi manera, o bien me pongo en contacto con la CIA antes de que lancen sus tigres tras de mí, y les digo que hay una preciosa rubita que me contrató en Miami para todo esto. Consecuencia de lo cual sería que la CIA me dejaría en paz a mí y se interesaría exclusivamente por usted. Le preguntarían cuál es su interés por saber si el yate se hundió debido a un auténtico accidente o fue sabotado. Y a ellos, amiguita, les diría usted la verdad, vaya que sí, a menos que quisiera pasarse treinta años como invitada en Langley. ¿Me comprende?

—Traeré su dinero —susurró Celeste.

—Sensata decisión.

La muchacha regresó a su coche, y sacó del maletero un paquete envuelto en papel de periódico, que entregó a Nelson. Éste lo abrió, vio los fajos de billetes, y asintió. No valía la pena contarlos: sabía que estaban los cincuenta mil.

—Para ser usted persona que se relaciona con gángsters es honrada —dijo suavemente—. Bien, trato por trato. Yo tenía que averiguar si fue o no fue un accidente, mi trabajo había terminado. ¿Fue ése nuestro trato?

—Sí.

—*Okay*. Pues fue un accidente. Pura y simplemente un accidente. De donde se desprende que el señor Dunning y sus invitados en el *Empire* debían estar trompas perdidos para hacerse a la mar después de que la vigilancia costera informó que se acercaba un temporal. Más claro: allá se había organizado una orgía de narices, y nadie sabía lo que hacía. ¿Está conforme con esto?

—Podría ser —susurró Celeste.

—Pues viva la juerga. Deduzco también que los tres tipos que estaban en el *Empire* con Richard Dunning eran unos pillos de siete suelas como él, o sea, gángsters de cuidado, dos de ellos, los franceses, posiblemente los que dirigían los «negocios» en Europa. ¿Qué me dice a esto?

—Que sí.

—Estupendo. En cuanto a las chicas... bueno, cuatro putillas de cierta categoría y estilo contratadas para este viaje a fin de alegrarles

la vida a esos cuatro golfos. ¿Sí?

—Sí.

—Parece que no se ha perdido gran cosa en el naufragio del *Empire*, ¿verdad? —Nelson Knox ya no parecía tonto, ni siquiera atolondrado—. Tal como están las cosas, y considerando que yo la he informado y que usted me ha pagado, se diría que hemos terminado, y que cada cual podría irse por su lado. Pero nos queda la CIA. Mire, Celeste, si usted no me ofrece nada mejor yo tendré que mencionarla cuando ellos me cacen, ¿comprende?

—No me encontrarán. Usted no sabe nada de mí. Nada.

—Sé que ni siquiera se llama Celeste —asintió Nelson—. Pero usted sigue sin saber de qué le hablo cuando menciono la CIA. Ellos la encontrarían en menos de veinticuatro horas. En menos tiempo si yo les digo cuál es la matrícula de su coche, en la que ya me he fijado. De modo que si no quiere que la CIA le pise los talones deme algo que ofrecerles. Algo... diferente.

—No le comprendo... ¿Qué quiere usted?

—Dígame qué relación había entre usted y Richard Dunning, para empezar. Y por supuesto quiero saber quién es exactamente usted.

—¡No puedo decirle eso, señor Knox!

—Como quiera. Adiós, Celeste. Ya se entenderá con la CIA.

—¿Qué haría usted con mi información?

—Usted temía que a Dunning le hubiesen matado, ¿no es así? Bueno, yo quiero saber quién podía haber tramado eso, y quizá pueda darle a la CIA un buen bocado que les entretenga y que acepten mi trato de dejarnos en paz a usted y a mí. Celeste, entiéndalo: no tenemos otra salida. O se hace así, o lo hará la CIA a su manera. Y entonces, esté segura de que saldrán todos los escorpiones de debajo de las piedras. Maldita sea mi estampa, ¿no lo entiende?

Durante unos segundos la rubia estuvo mirando fijamente a Nelson. Por fin, suspiró profundamente, y dijo:

—Mi verdadero nombre es Norma Garrison. Soy hija de Herbert Garrison, socio de Richard Dunning en los negocios continentales. Mi padre se asustó al enterarse de la muerte de Dunning, porque creyó que había sido eliminado por un rival de ambos llamado Mowery. Yo viajé desde Chicago para enterarme de eso, y le contraté a usted. Mi padre quería saber si Cornell Mowery había tenido algo que ver con la muerte de Dunning, para tomar las medidas oportunas si así había sido.

—Caray... ¿Qué medidas?

—No sé. Escondarse, supongo.

—O adelantarse a ese Mowery y eliminarlo, ¿no es así?

Norma Garrison permaneció en silencio. Nelson la contemplaba con incredulidad. ¡Y pensar que en Miami le había parecido un angelito...! Pero menuda pieza debía ser también la rubita, vaya que sí.

—Está bien —murmuró por fin Nelson—, todas esas gorrinadas de gángsters no me importan. Ni creo que les importe a los de la CIA. Pero sí les importará saber qué relación había entre Richard Dunning y el presidente Alex Ristaaj.

—Ninguna relación.

—¡Vamos...! Escuche, Norma, dígame eso y nos separamos como buenos amigos, ¿de acuerdo? Algo debía haber entre ese presidente africano y Richard Dunning y su padre. Algo.

—Nada que yo sepa. Y si yo no lo sé es que no había nada. Soy una eficaz colaboradora de mi padre, señor Knox.

—¿Qué te parece? Primera vez que me relaciono con una gangsterilla. De pasmo bobalicón, lo juro. Bien. ¿Y entre Alex Ristaaj y ese Cornell Mowery? ¿Podía haber alguna relación?

El desconcierto de Norma Garrison fue evidente y genuino.

—¿Entre Mowery y ese africano...? ¡Claro que no!

—¿Está completamente segura?

—Sí. Bueno... Segura, no, porque no puedo saber cuáles son las redes y contactos de Cornell Mowery fuera de Estados Unidos, pero... Bien, no sé. Yo no lo creo, pero ya no digo que esté segura.

—Eso nos deja la posibilidad de que hubiera algo entre Alex Ristaaj y el gángster Mowery, ¿no?

—No lo sé, señor Knox. Piense usted lo que quiera.

—Eso estoy haciendo. ¿Dónde vive ese Mowery en Chicago?

—¡No se meta con él! —exclamó Norma.

—¿Dónde vive?

—¡Usted está loco!

Nelson puso una mano tras una oreja, y la adelantó con gesto no poco impertinente.

—¿Dónde ha dicho? Oiga, le juro que no la mencionaré a usted. Y deje de preocuparse por lo que pueda ocurrirme a mí. No somos novios, ¿verdad? Ni amantes, ni esposos, ni primos, ni nada. ¿Dónde puedo encontrar a Mowery?

—Encontrará su dirección en la guía telefónica... Pero donde se le puede encontrar con seguridad todas las noches es en su bolera.

—Cielos, una bolera. ¡Hace tiempo que no juego a los bolos! ¿Dónde está esa bolera?

—En el 2088 de Lake Bayshore.

—De acuerdo. Ahora escuche bien esto: quédese en el cayo, olvídense de Chicago hasta nuevo aviso. Al salir de Big Pine he visto un agradable hotel cuyo nombre es Pinkflower. Instálese allí con su nombre, sin más complicaciones, y espere. Y si llama por teléfono a su papá, dígame que no se ponga en el camino de Nelson Knox, que la cosa no va con él. ¿Me ha entendido?

—Señor Knox: usted no sabe lo que va a hacer. Si se mete con Mowery dese por muerto.

—Que no, mujer. Eso era antes, cuando los gángsters eran malísimos y tenían garitos nocturnos en lugar de boleras, y matones con metralletas. Ahora las cosas son diferentes. Ya ve: ¡hasta tienen instalaciones deportivas en lugar de tugurios! Y otra cosa: ¿acaso ese Cornell Mowery no es un tipo civilizado?

—Sí, pero...

—Pues hablando se entiende la gente. Adiós, Celeste. Y recuerde: no se mueva del hotel Pinkflower hasta que le avise.

CAPÍTULO VI

Rita Maynard llegó al piso en el que tenía su habitación, y enseguida vio a Nelson Knox, sentado en el suelo a su puerta, cigarrillo en los labios. Tras un parpadeo, Rita pareció aceptar la situación, se acercó a la puerta, y metió la llave en la cerradura.

—Cú-cú —dijo Nelson Knox—. ¡Estoy aquí!

Ella bajó la mirada, asintió, y terminó de abrir la puerta. Nelson se puso en pie, y entró tras ella en la habitación, preguntando:

—¿De dónde viene, señorita Maynard?

—Señor Knox, vengo de donde me place, y si usted no sale de

aquí ahora mismo yo le haré salir a mi manera. ¿Quiere verlo?

—¡No, por favor! —se alarmó cómicamente Nelson—. ¡Más judo, no!

—Celebro que no me obligue a incomodarme. Adiós, señor Knox.

—Tengo un trato para usted. ¿No le gustaría tener la posibilidad de llegar a saber qué relación podía haber entre Alex Ristaaj y el señor Dunning, o quizá otra persona relacionada con Dunning en cierto modo?

Rita se quedó mirándolo fijamente, unos segundos. Luego cerró la puerta, y fue a sentarse en el borde de la cama, señalando a Nelson la butaquita colocada junto a aquella.

—De modo que le interesa —sonrió Nelson.

—Aunque no veo en qué puede beneficiar todo eso a mi compañía soy de esas personas que se toman en serio su trabajo. Me gusta investigar.

—A mí también —dijo serio de pronto Nelson—. Y le diré una cosa, señorita Maynard: nunca hasta ahora había tenido entre manos algo grande. Creo que esto lo es, y tengo intenciones de seguirlo hasta el final... aunque me caiga algún palo encima.

—Es usted un periodista muy terco, según parece.

—Ah, ah —negó Nelson, sonriendo—. No soy periodista. Soy detective privado.

—¡Qué me dice usted! —exclamó Rita Maynard.

—Sí, ya ve, somos colegas, en cierto modo.

—Pues es verdad —parpadeó Rita, como ante una revelación—. ¡Quién lo habría de decir! Bien, señor Knox: ¿cuál es su trato?

—Punto primero: me llamo Nelson y usted Rita. ¿Okay?

—Okay, Nelson.

—Okay, Rita. Oiga, usted me gusta más a cada instante. Tiene... algo especial, no sé.

—¿Un dulce encanto femenino, tal vez? —sonrió Rita.

—Creo que sí —Nelson frunció el ceño—. ¿La cirugía estética no podría eliminar esas cicatrices? No es por nada, ¿eh? ¡Hasta empiezan a gustarme! Pero no hacen nada ahí. Es absurdo.

—Tenía pensado someterme a una operación en noviembre, señor Kn... oh, perdón, Nelson.

—Estupendo. ¿Ha oído hablar de unos tipos llamados Herbert Garrison y Cornell Mowery?

—No, nunca.

—Son dos gángsters, y, pásmese, uno tiene una bolera. Pero voy a empezar por el principio. Verá, yo estaba en Miami pensando que la vida era aburrida porque no tenía casos importantes, cuando sonó el teléfono. Era una chica que me citó en los Japanese Garden, y que me ofreció cincuenta mil dólares por investigar si el naufragio del yate *Empire* había sido accidental o provocado...

Cuando la explicación terminó, Rita estaba fumando un cigarrillo y mirando inexpresivamente a Nelson Knox, al que no había interrumpido ni una sola vez. Tan impávida se mostraba que Nelson incluso se molestó.

—Oiga, parece que no le interesa nada de lo que le he contado —gruñó.

—Me estaba preguntando por qué lo ha hecho. ¿Qué espera de mí?

—Usted es toda una profesional, tiene agallas, y recursos para defenderse sola. Y además, Norma Garrison no la conoce, no sabe nada sobre usted.

—Creo que entiendo. Desea mi colaboración para investigar en Chicago a ese Mowery, e incluso a Herbert Garrison, el padre de la falsa Celeste. Como es lógico, ella habrá llamado a papá gángster para advertirle que usted piensa ir allá, le habrá descrito, etcétera, y usted piensa que quizá le molesten... De modo que piensa permanecer en la sombra dirigiendo mis pesquisas relacionadas con esos dos gángsters.

—¿Se da cuenta? —sonrió ampliamente Nelson—. ¡Toda una profesional! Pero si no se atreve, si tiene miedo...

—¿Cuándo y dónde quiere que nos encontremos en Chicago?

—¿Encontrarnos? ¡Viajaríamos juntos...! No. No, no, no, ¿verdad?

—Si me ven con usted mi colaboración no sería tan eficaz.

—Claro. Bien, no sé... ¿Conoce Chicago?

—Sí.

—Pues dígame usted misma dónde y cuándo quiere que nos encontremos allá. Si ve que me retraso más de un par de horas, malo: será que la CIA me habrá metido mano.

Rita Maynard asintió, con leve sonrisa. Acto seguido explicó a

Knox dónde y cuándo se encontrarían en Chicago, y terminó diciendo que para evitar que la CIA retuviera a Knox lo mejor sería que él se fuese a primera hora de la mañana, con sigilo. Nelson asintió, puntualizaron algunos detalles más, y Rita se puso en pie. Nelson permaneció sentado, y ella le miró interrogante.

—¿Queda algún cabo suelto? —preguntó.

—Se me está ocurriendo que ya que no hemos cenado juntos podríamos dormir juntos —dijo Nelson.

—Ni lo sueñe.

—Y luego podríamos hacernos socios. ¿Qué le parece? Knox y Maynard, Agencia de Investigación. ¿Por qué trabajar para otros pudiendo tener una agencia propia?

—¿Me regalaría la mitad de su agencia?

—Después de casarnos, claro. ¿Me quedo?

—No.

—No sabes lo que te pierdes.

—No se puede saber todo en la vida —rió Rita Maynard—. Adiós, Nelson.

Visiblemente decepcionado, Nelson Knox abandonó la habitación de la señorita Maynard en el Blue Flamingo Hotel, y se dirigió hacia la suya, un piso más arriba. La señorita Maynard tomó su bolso y entró en el cuarto de baño.

* * *

Vincent Mok, el gigantesco guardaespaldas del presidente de South West Africa reapareció en la salita de la «suite» donde aguardaba la señorita Maynard, y dijo:

—El señor Dorden la recibirá, señorita Maynard. Venga, por favor.

Rita se puso en pie, y siguió a Mok hacia otro salón más amplio de la «suite». Allí estaba Haib Dorden, el secretario de Alex Ristaaj, los consejeros Niok Atago, Sirgo Mako y Rik Klag, y, cómo no, un par de agentes de la CIA, que miraron con tranquilo interés a la pelirroja visitante. Ésta miró a Haib Dorden, que acudía cortésmente a su encuentro.

—Gracias por recibirme, señor Dorden. No les entretendré más de cinco o seis minutos.

—No se preocupe. Hemos entendido que se trata de algo

importante.

—Lo es para mí —asintió Rita—. Y supongo que también para alguien de Afrikaan. El caso es que no sé a quién se le debe pagar la prima del señor Ristaaj, y quería consultarlo con usted. Y también la de su acompañante, claro.

—Me parece que no comprendo —murmuró el desgarrado secretario.

—La señorita Maynard —intervino uno de los agentes de la CIA— representa a la Sea Insurance, señor Dorden, una compañía de seguros que tenía extendida una póliza sobre el yate *Empire* y sus eventuales ocupantes en cualquier momento. ¿No es así, señorita Maynard?

—Sí, en efecto —sonrió Rita—. Hay un seguro sobre el yate en sí, y también unas primas sobre cada persona que viajando en el yate resulte accidentada o muerta. Espero conseguir los datos de todos los amigos del señor Dunning en Chicago, pero no tengo más remedio que molestarles a ustedes para saber a quién hemos de pagar las primas sobre los señores Ristaaj y Obongo. Me refiero, claro está, a sus beneficiarios o herederos.

—Ya —asintió Dorden—. Ya, sí, claro. Bueno, señorita Maynard, nosotros no habíamos pensado en ningún momento efectuar ninguna reclamación en ese sentido, francamente. Es más, ni se nos había ocurrido.

—Bueno —sonrió de nuevo Rita—, nadie puede prohibirles que renuncien a esas primas, señor Dorden. Mi compañía estará encantada si le llevo esa renuncia por escrito. Pero, evidentemente, la renuncia deberán hacerla los beneficiarios de la póliza. Si me dice cómo ponerme en contacto con ellos en su país les escribiremos al respecto. ¿Puede anotarme sus nombres y direcciones en Afrikaan? Sin duda conoce usted a los familiares del señor Obongo, ¡y no digamos los del señor Ristaaj!

—Sí, claro. De modo que todo se reduce a dinero...

—Hay una póliza de seguros de por medio, y la Sea Insurance es una compañía honrada. En cuanto a mí, señor Dorden, simplemente estoy haciendo mi trabajo.

Haib Dorden asintió, mirando cada vez con más interés a Rita.

—Le anotaré eso —murmuró—. Y ciertamente, lo mejor será que usted se ponga en contacto con los posibles beneficiarios.

—Se lo agradezco mucho.

El secretario se sentó ante una mesita, y comenzó a anotar

nombres y direcciones. Los dos hombres de la CIA miraban entre socarrones e intrigados a Rita, que les dirigió una sonrisa y se acercó al ventanal del salón. Desde allí podía ver el embarcadero.

—Hace un hermoso día —comentó.

—No todos lo ven así —murmuró el sudafricano negro Niok Atago.

—Sí... Comprendo. Siempre es triste perder a un ser querido, y todavía más en circunstancias estúpidas.

—¿Estúpidas? —exclamó el otro negro, Sirgo Mako.

Rita lo miró directamente.

—Fue una estupidez salir a mar abierto acercándose una tormenta, señor. ¿No está de acuerdo? Se me ocurre que quizá alguno de ustedes debió tratar de impedirlo inmediatamente, alcanzando el yate con una lancha. Habría sido fácil. Aunque quizá no oyeron la información meteorológica por la radio.

—Señorita Maynard —dijo secamente Rik Klag—, a nosotros no nos interesaba ni poco ni mucho el tiempo que pudiera hacer. Estábamos hablando de cosas mucho más importantes para nosotros y nuestro país.

—Por supuesto —sonrió Rita—. Claro. ¿Todos ustedes vieron cómo zarpaba el yate?

—Sí, todos.

—¿A qué vienen esas preguntas? —inquirió uno de la CIA.

—En realidad sólo estoy haciendo tiempo mientras el señor Dorden me anota esos datos —se sorprendió Rita—. ¡Espero no haber molestado a nadie! No era ésa mi intención, caballeros.

—¿Cuál era su intención? —preguntó el otro de la CIA.

—Ya se lo he dicho: charlar un poco. El silencio resulta a veces muy embarazoso. Ah, señor Dorden, ¿ya ha terminado?

—Así es —asintió el secretario, que se había puesto en pie—. Aquí tiene la lista. Y si nosotros podemos hacer algo mientras permanezcamos en Estados Unidos no tiene más que pedírnoslo.

—Muchas gracias —Rita guardó la lista en su bolso—. ¿Piensan permanecer todavía mucho tiempo aquí?

—Hasta que encuentren los cadáveres de Alex y de Obongo, naturalmente, para ocuparnos de su traslado a Afrikaan. O hasta que la búsqueda se dé oficialmente por terminada por infructuosa... y

tengamos que regresar sin ellos.

—Ah —parpadeó la señorita Maynard—, claro, los cadáveres. También a mí me interesa eso, por supuesto, ya que mi compañía solamente pagará las primas sobre las personas cuyos cadáveres sean presentados. No es por desconfianza, entiendan: sólo son posturas legales.

—¿Qué está tratando usted de decir? —se asomó Haib Dorden.

—Que salvo que se encuentre el cadáver no se da a nadie por muerto hasta que hayan transcurrido determinado número de años. A veces ha ocurrido que se ha dado por muerto a alguien en algún accidente y luego ha aparecido vivo y en perfectas condiciones explicando extraordinarios sucesos que le salvaron del accidente... Oh, pero evidentemente éste no es el caso.

Haib Dorden miraba fijamente a Rita, tensas sus facciones. Los demás sudafricanos la miraban también, en sobrecogedor silencio. Los dos agentes de la CIA parecían querer atravesar a Rita con sus miradas. De pronto, uno de ellos reaccionó, y se acercó a la pelirroja.

—La acompañaré a la puerta, señorita Maynard.

—Es usted muy amable. Adiós a todos... y muchas gracias, señor Dorden.

Cuando la señorita Maynard abandonó el salón reinaba en éste un glacial silencio. El agente de la CIA salió de la «suite» con Rita, a la que miró hoscamente.

—¿Qué demonios está usted haciendo? —gruñó.

—No le comprendo. ¿Qué he hecho? Sólo he dicho cosas lógicas que...

—Escuche, señorita Maynard, estamos siendo demasiado beligerantes y complacientes con usted, y eso puede terminar. A propósito o no, usted ha molestado a unos importantes personajes que están de visita en Estados Unidos. ¿Qué demonios es todo eso de si aparece o no el cadáver? ¿Qué pretende usted?

—Ya les he dicho que sólo estoy haciendo mi trabajo.

—De acuerdo. ¿Lo ha terminado ya?

—En lo que se refiere a los sudafricanos, sí.

—Pues dedíquese a sus demás ocupaciones y olvídense de todos nosotros, ¿quiere hacer el favor? Y no nos venga con más visitas ni «comentarios» sobre la marcha. ¡Maldita sea mi estampa, ya tenemos bastantes complicaciones sin su intervención! ¿Me ha comprendido?

—Por completo —sonrió Rita—. Adiós.

—Exactamente: adiós.

El agente de la CIA regresó a la «suite», y la señorita Maynard bajó al piso donde estaba su habitación. Junto a la puerta tenía ya preparado su equipaje, que constaba de una sola maleta. Sin empacho alguno se hizo cargo de ella, y salió de la habitación. Bajó en el ascensor, y cuando salió de éste al vestíbulo, cargada con su maleta y su bolso, algunos botones se quedaron mirándola pasmados. La señorita Maynard pagó su cuenta, dejó una propina que disipó en el acto la opinión de que era una tacaña, y pidió a uno de los botones que colocara la maleta en su coche. Luego, preguntó:

—¿Podría despedirme del señor Knox por teléfono? No sé cuál es su...

—El señor Knox abandonó el hotel hace casi tres horas, señorita Maynard. Ni siquiera eran las ocho.

—¿Quiere decir que se ha marchado para no volver?

—En efecto.

—Vaya... Bien, no importa. Gracias por todo y adiós.

—Adiós, señorita Maynard. Siempre será bien recibida en el Blue Flamingo.

Rita sonrió, hizo un simpático gesto de despedida, y salió del hotel. Minutos más tarde conducía por la carretera de los cayos en dirección a la península. Dos horas y media más tarde, tras haber almorzado en el International Airport de Miami, partía de éste en un reactor cuyo destino era Chicago.

La primera mayor parte del viaje de apenas tres horas de duración se la pasó echando una magnífica siesta.

CAPÍTULO VII

—¡Oiga! —exclamó el vecino de pista de la pelirroja—. ¡Es usted algo serio en esto, monada!

La «monada» le miró fríamente, y replicó:

—Gracias, monito.

—¡Hey! ¡No se lo tome así! —rió el sujeto, acercándose—. Sólo he tratado de ser agradable.

Rita le miró de arriba a abajo, y no pareció precisamente complacida. El sujeto llevaba tejanos y un viejo jersey blanco en plan de guapo arrebatador. Era joven y bien parecido, eso sí, pero bajo el tupé se adivinaba un cerebro diminuto.

Sin contestar, Rita fijó su atención en los bolos, que de nuevo estaban en su sitio. Acababa de hacer *strike*, como no pocas veces antes, y al parecer tenía para rato ocupando aquella pista del Sky Bowling. Mala suerte en cuanto al vecino de pista: era un guapo idiota.

—Apuesto —habló la boca masculina bajo el tupé— a que vuelve a hacer *strike*. ¡Usted sí sabe entrenarse, monada!

Rita cerró los ojos, al parecer intentando concentrarse. A sus lados, las pistas vibraban bajo las bolas lanzadas por otros jugadores. Era una bolera importante, de veinticinco pistas nada menos. Había bar, por supuesto, y una boutique, y hasta peluquería para damas y caballeros. Tan sólo el terreno que ocupaba la bolera, dejando aparte las instalaciones, valía una fortuna.

—Vamos, vamos, que lo consigue —instó el guapo del tupé.

Resonaban los bolos al ser derribados, se oían exclamaciones de decepción o de alegría, comentarios jocosos, maldiciones. Algunas mesas estaban ocupadas por muchachos jóvenes que reían estruendosamente. Cielos, ¿cuánto tiempo hacía que la señorita Maynard no estaba en una bolera?

—*One, two, three, four!* —exclamó el tupé ambulante.

Rita abrió los ojos, miró los bolos al fondo de la pista, hizo sus cálculos, y lanzó la bola, que se deslizó suavemente por la izquierda, casi a punto de salirse a la canal. Casi, porque el efecto dado a la bola resultó el justo y preciso. Como dirigida por radio, la bola se fue desplazando al centro de la pista. Cuando llegó al primer bolo estaban casi en el centro... Sonó el estampido del impacto múltiple, los bolos fueron derribados...

—*Strike!* —gritó el tupé—. ¿Qué le decía yo?

—Oiga —le miró aviesamente Rita Maynard—, ¿por qué no cierra su boca de monito listo, rico?

—¿No le gusta mi boca? —rió el sujeto.

—Si continúa molestándome le voy a meter una bola en ella, y el *strike* lo haré con sus dientes.

—¡Tienes chispa! —dijo el guapo, dándole una palmadita en un hombro—. Escucha, podríamos...

La señorita Maynard devolvió la palmadita, ladeando apenas al guapo. Y así estaba éste, en precario equilibrio, cuando el pie derecho de la pelirroja se deslizó por el pulido piso como barriéndolo, alcanzó los dos pies a la vez del tipo del tupé, y los barrió y alzó no menos de un metro. El sujeto saltó, quedó un instante paralelo al suelo, desorbitada la expresión, y acto seguido cayó a plomo, dándose el gran batacazo que hizo retumbar su cabeza y arruinar su tupé. El *okuri ashi barai* de judo había sido perfecto, aunque sin mala intención auténtica. Podía haber sido peor, podía haber elevado al sujeto bastante más, ocasionándole una rotura de huesos en la caída.

Cerca de ambos estallaron las risas. El tipo del tupé, ahora sentado, estaba pálido, pero enrojeció al oír las risas, y se puso en pie rápidamente, para quedarse de pronto inmóvil, haciendo un gesto de dolor y llevándose las manos a la espalda. Se oyeron más risas. Rita metió los dedos en una de las bolas, y la mostró al guapo.

—¿Quieres ver cómo te parto los dientes, monito lindo? —propuso.

—Maldita zorra —jadeó el sujeto—. ¿Qué demonios crees que eres? Te voy a...

Un camarero corría ya hacia ellos. La gente había dejado de tirar en las pistas cercanas, y los miraba, algunos riéndose del tipo del tupé, y explicando a otros lo que habían visto. Desde una mesa de muchachos, llegó un largo abucheo. Aparecieron dos camareros más, a toda prisa. Y detrás de éstos un sujeto bien vestido, al que Rita Maynard no le dio tiempo ni a abrir la boca.

—Quiero ver al dueño —exigió—. ¡Y ahora mismo, o armo un escándalo que se va a oír en China! ¿Qué clase de mequetrefes admiten ustedes aquí?

—Calma, calma, por favor. Mire, arreglaremos...

—¿Es usted sordo? ¡Quiero ver al dueño, y ahora!

—Tranquila, tranquila. No hay problema. Por favor, tranquilícese. La acompañaré a hablar con el señor Mowery, ¿de acuerdo?

—Vamos a ver a ese Mowery.

El discreto vigilante se tranquilizó a su vez. Era el mejor modo de zanjar la cuestión: llevar a la pelirroja a charlar con el jefe, que la tranquilizaría, y cuando ella saliese el tipo del tupé ya habría sido invitado a abandonar la bolera. ¿Para qué complicar más las cosas?

Tres minutos más tarde, Rita Maynard era introducida en un lujoso despacho tras cuya puerta estaba Cornell Mowery, advertido ya

por el vigilante del local. El gesto de Mowery, por supuesto, era de fastidio, pero intentó disimularlo cuando Rita entró en el despacho. Casi sonrió. Era un sujeto alto, gordo de verdad, con una melena muy bien cuidada. Estaba recién afeitado, y sus ojos pequeños y oscuros parecían querer ocultarse completamente tras los párpados.

—Bien, bien —dijo, consiguiendo finalmente la sonrisa—, lo primero de todo presentarle mis excusas por...

—Quiero hablar con usted a solas —cortó secamente Rita.

El tipo que estaba sentado en un sillón limpiándose las uñas alzó la cabeza y miró a Rita como si hasta entonces no se hubiera dado cuenta de su presencia. El vigilante también la miró, desconcertado. Cornell Mowery contuvo como pudo el gesto de tremendo fastidio.

—Mire, señorita, un simple incidente de...

—No es de eso de lo que quiero hablarle. Acabo de llegar de Big Pine Key.

Mowery ladeó la cabeza y entornó aún más los párpados. El vigilante no sabía qué hacer. El tipo del sillón miraba ahora a Rita con sumo interés.

—Lo de ahí fuera sólo ha sido una ocasión inesperada para hacerme traer ante usted —dijo Rita—. Lo habría hecho de cualquier otro modo.

—¿Quién es usted? —murmuró Mowery.

Rita apretó los labios. Cornell Mowery frunció el ceño. Luego, miró a su empleado, y movió la cabeza hacia la puerta. El del sillón se acercó a Rita, le quitó delicadamente el bolso, echó un vistazo a su contenido, se lo devolvió, y luego pasó las manos por su cuerpo, sin contemplaciones. Cumplida su obligación respecto a la seguridad de su patrón, salió del despacho en pos del vigilante. Rita sacó su tarjeta de identificación de la Sea Insurance, y la tendió a Mowery, que la examinó. Luego, la devolvió.

—Muy bien, señorita Maynard. ¿Se trata de algún seguro? Sus procedimientos...

—¿Le gustaría embolsarse cinco millones de dólares por hacer una cosilla insignificante, señor Mowery?

—¿Cinco millones? ¿De dólares?

—Naturalmente. Le explicaré la situación... Mi compañía tenía asegurado el yate de Richard Dunning, del cual no es necesario que le hable, ¿verdad? En ese estúpido accidente han muerto diez personas.

Las primas a sus beneficiarios, así como la del yate y la del propio Dunning a su esposa ascienden en total a once millones y medio de dólares... que mi compañía tendrá que pagar si algo no lo remedia. Si algo lo remedia, estamos dispuestos a pagar cinco millones. Hacemos un buen ahorro.

—Entiendo —susurró Mowery—. Lo que no entiendo es mi participación.

—Se nos ha ocurrido que usted podría encontrar un chivo expiatorio, alguien a quien cargarle el mochuelo de lo sucedido. La policía y la CIA están gritando a los cuatro vientos que ha sido un accidente, pero lo cierto es que nadie ha visto el yate, así que... si se pudiera acusar a alguien de haberlo saboteado, usted ganaría cinco millones y nosotros nos ahorraríamos seis y medio.

—¿Y cómo podría yo conseguir eso? —sonrió secamente Mowery.

—Vamos, señor Mowery... Sabemos todo sobre Dunning y sobre usted. Y sabemos que Dunning tiene un socio llamado Garrison... a quien tal vez se le pudo ocurrir la idea de librarse de Dunning. Quizá usted podría... negociar con algún empleado de Garrison que aceptase ser el chivo expiatorio, o que supiera el modo de enfocar el asunto. Aunque en realidad en quien confiamos es en usted, en su... inventiva. Son cinco millones, señor Mowery. Casi por nada. ¿Qué tal está de imaginación?

—Mi imaginación es buena —deslizó Mowery—, pero no tanto como para encontrar a alguien, y menos del bando de Garrison, que quiera cargar con el mochuelo. Han muerto diez personas, ¿recuerda?, y una de ellas un presid...

—Se le podría garantizar al chivo expiatorio una fuga, o algo que le convenciera. En cualquier caso, si mi idea no le convence, quizá usted pueda aportar otra mejor. Uno de mis jefes de la compañía está esperando una entrevista con usted para encauzar el asunto. Lo dejamos en sus manos, y esperamos que se le ocurra algo verosímil. Insisto: estamos hablando de cinco millones para usted, libres de impuestos, libres de todo. Mano a mano y chitón. ¿Qué me dice de esa entrevista?

—¿Dónde y cuándo? ¿Y... tengo que ir solo?

—En un lugar discreto y ahora. Puede llevar a su gorila, si quiere. Por nuestra parte todo lo que usted haga, estará bien.

—Se me está ocurriendo que esto podría ser una trampa contra mí, jovencita.

—Señor Mowery, ¿a quién se cargarían antes que a nadie ustedes

si yo les metiera en una trampa?

—A usted.

—¿Tengo cara de idiota?

—No —sonrió el gángster—. No. Más bien de muy lista. Demasiado, tal vez.

—Mi compañía no admite tontos. ¿Puedo llamar por teléfono y decir que nos encontraremos en el sitio previsto dentro de cuarenta minutos?

Durante casi un minuto, Cornell Mowery estuvo mirando fijamente los verdes ojos de la pelirroja que no pestañeó. Por fin, Mowery señaló el teléfono.

* * *

La cita era fuera de Chicago, cerca de un cruce de carreteras donde había un bosquecillo. Dentro del coche de Mowery iban éste, Rita Maynard, y no un acompañante, sino dos, uno de los cuales conducía, y el otro iba a su lado. En el asiento de atrás, Rita y Mowery permanecían en silencio ahora, tras agotar la conversación en la parte que sabía la muchacha. Los demás detalles y convenios se harían directamente con el jefe de ella.

—Detengan el coche cien metros más adelante y hagan la señal con las luces, tal como les indiqué —dijo de pronto Rita—. Mi jefe está en el bosquecillo, donde ha escondido el coche.

Nadie dijo nada. El guardaespaldas que conducía detuvo el coche más allá, e hizo la señal explicada antes por Rita. A los pocos segundos vieron al hombre saliendo del bosquecillo y acercándose. Uno de los guardaespaldas comentó:

—Es cojo.

—No se lo mencionen —rió Rita—, él cree que no se le nota. O muy poco.

El hombre se colocó a un lado de la carretera. El guardaespaldas que estaba junto al que conducía se apeó, y se fue directo hacia él. Desde el coche le vieron cachear expertamente al jefe de Rita Maynard, tras lo cual se acercaron ambos. El guardaespaldas metió la cabeza dentro del coche.

—Está limpio, señor Mowery.

—Que entre.

El guardaespaldas abrió la portezuela, y Nelson Knox se sentó junto a Mowery, que quedó en el centro del asiento. El coche partió,

ahora con un ocupante más. Los dos guardaespaldas iban mirando hacia atrás, el que conducía utilizando el retrovisor, y el otro vuelto. Cinco minutos más tarde se habían convencido de que no eran seguidos.

—Muy bien —dijo Mowery—: ¿Quién es usted?

—Stonehouse —dijo Nelson Knox.

—De acuerdo, señor Stonehouse, hablemos de esos cinco millones de dólares. ¿Cuál es exactamente su oferta?

El señor Stonehouse se inclinó, se rascó la pantorrilla derecha, y luego bajó más la mano mientras alzaba el pie, para retirar de allí rápidamente la pistola que había llevado sujeta a la suela con unas tiras de esparadrapo ahumado. Cuando Cornell Mowery vino a darse cuenta la boca de la pistola estaba apoyada en su oreja derecha. El gángster palideció.

—Ésta es mi oferta —dijo Nelson Knox—: si quiere seguir viviendo, diga a sus mastines que detengan el coche, se apeen y se alejen. Si no hacen eso en cinco segundos todos quedaremos salpicados por sus sesos, Mowery.

Los dos guardaespaldas habían lanzado sendas exclamaciones, y el conductor estaba ya frenando, por simple instinto. El otro se había vuelto, y contemplaba con expresión desorbitada la pistola que se apoyaba en la oreja de su jefe.

—Hacedlo —jadeó Mowery—. ¡Hacedlo, para el coche, Steve!

El coche se detuvo en el arcén natural de la estrecha carretera. Los dos guardaespaldas se dispusieron a salir, pero Rita los desengañó respecto a una solución tan sencilla.

—Antes de salir —dijo apaciblemente—, vuélvanse completamente de espaldas a nosotros, saquen sus pistolas, y déjenlas en el salpicadero. ¿Verdad que es eso lo que queremos, señor Stonehouse?

—Verdad —dijo Knox—. Se las llevaremos como recuerdo al señor Garrison, el cual les envía saludos.

Mowery miró a Rita, y masculló:

—Maldita perra embustera... ¡Debí imaginarme que era cosa de Herbert Garrison!

—No se amargue la vida, Mowery —dijo secamente Knox—. Quizá le quede muy poca, si no se porta bien. Y vosotros, ¡largo de aquí!

Los dos hombres dejaron sus armas y salieron del coche. Rita pasó al volante sin abandonar el vehículo, y se alejó, dejando a pie en la noche a los dos sujetos. Recorrió no menos de cinco millas antes de encontrar el lugar adecuado, una explanada amplia salpicada de grupos de pinos. Metió el coche en la explanada, y a los pocos segundos lo detenía junto a un grupo de pinos.

—Salga del coche —dijo Knox.

—Escuchen —jadeó el gángster—, podemos arreglar esto...

—No sea bobo. Salga.

—¿Cuánto les pagan por matarme? ¡Yo puedo doblar la cant...!

—Le he dicho que salga.

Knox empujó a Mowery, que salió del coche violentamente. Rita ya estaba fuera, y Knox salió detrás del gángster, al que alejó todavía más del vehículo con un empujón.

—Sabemos que usted es demasiado listo para llevar armas —dijo Nelson—. Eso se queda para sus matones. De modo que, Mowery, está en una situación yo diría comprometida, ¿de acuerdo? Pero vamos a darle la oportunidad de salir bien librado si contesta a algunas preguntas.

—Si... ¡Sí, lo haré! —aseguró Mowery.

—Muy bien. ¿Ha tenido usted algo que ver con lo del yate *Empire*, de un modo u otro?

—¡Claro que no! ¡Díganle a Garrison que no, lo juro!

—Se lo diremos. Y ahora fíjese bien, ¿qué relación secreta había entre usted y Alex Ristaaj, el presidente de Afrikaan?

A la luz de la luna se vio el gesto de pasmo de Cornell Mowery, que durante un par de segundos no acertó a pronunciar palabra. Por fin, exclamó:

—¿Qué?

—¿No era una maniobra de usted meter en el *Empire* a su secreto amigo Alex Ristaaj?

—Pero... ¿de qué demonios está usted hablando? —gritó el gángster—. ¡Nunca en la vida he conocido a ese presidente! ¡Ni siquiera sabía que existía hasta que vi las noticias en los periódicos!

—No me gusta que me mientan, Mowery.

—¡Maldita sea, usted está loco! ¡Le digo que jamás conocí a ese

tipo!

—Quiere complicar las cosas, ¿eh? Pues muy bien, empecemos a complicarlas.

Nelson Knox se acercó a Mowery, y le descargó un puntapié en la zona genital. El gángster soltó un aullido, efectuó un salto encogiéndose, y cayó sobre el áspero suelo hecho un ovillo. Knox se acercó a él, y le propinó un puntapié en un costado, arrancándole un ahogado grito de dolor.

—¿Qué me dice ahora, Mowery? —insistió.

Cornell Mowery comenzó a tartamudear quejumbrosamente algo que ni Nelson ni Rita entendieron. La pelirroja dijo:

—Así no vas a conseguir nada. Hay que pegarle con algo más duro. Voy a ver si tiene una llave inglesa o algo así en el coche.

—Buena idea, cariño.

Rita fue al coche, retiró las llaves del contacto, y fue al maletero, en el que comenzó a forcejear. Finalmente, llamó a Knox.

—Oye, no puedo abrir esto.

—¿Cómo puedes ser tan torpe? —gruñó Nelson.

Se acercó al coche, se hizo cargo de las llaves, y comenzó a hurgar en la cerradura. Tendido ahora de costado en el suelo, Cornell Mowery los miraba, con expresión desorbitada. El coche debía estar a unos ocho o diez metros. A otros tantos, en dirección opuesta, estaba el grupito de pinos, que el gángster miró. Oía los gruñidos de Stonehouse, que se iba irritando. No se lo pensó más: morir por morir, tenía que intentarlo. Primero se arrastró unos cuantos metros, luego se pudo en pie, tambaleándose, y echó a correr hacia los pinos. Estaba a punto de alcanzarlos cuando oyó la exclamación de la pelirroja.

—¡Mowery se escapa!

Enseguida, sonó el trallazo del primer disparo. Mowery se encogió al oír el crujido de la bala por encima de su cabeza, y lanzó un grito mientras se tiraba detrás del primer pino. Se puso de nuevo en pie, y corrió por entre los delgados troncos, mientras junto al coche Stonehouse disparaba un par de veces más, sin acertarle.

Mowery oyó su maldición, y luego:

—¡Vamos a perseguirlo con el coche! ¡Nos vamos a divertir en esta explanada!

Sin dejar de correr, Mowery oyó tras él, a los pocos segundos, el

rugido del motor al ser puesto en marcha. Sentía que se ahogaba, pues estaba muy lejos de poseer una condición atlética, pero seguía corriendo, torpemente. Las luces del coche, de su propio coche, barrieron la relativa oscuridad tras él, pero no hacia él. No podía creer en su suerte. Se desvió todavía más, y al volver la cabeza vio su coche saltando por el desigual terreno, divergiendo de él. Llegó a otro grupito de pinos, y se detuvo entre éstos para tomar aliento. El coche rodaba ahora describiendo amplias eses, pero no hacia él, Ni siquiera estuvo detenido cinco segundos; reanudó la fuga en dirección contraria adonde su coche seguía dando saltos y fuertes rebotes sobre los formidables amortiguadores.

Tres minutos más tarde, Cornell Mowery, lívido, sin resuello, se dejaba caer en el centro de un espeso bosquecillo adonde ni siquiera llegaba la luz de la luna. Tras él, ni rastro de las luces de su coche. Nada. ¡Había conseguido burlar a los asesinos enviados por Herbert Garrison!

—¡Ya te ajustaré las cuentas, Garrison! —barbotó—. ¡Vas a ver! ¡Yo te enseñaré a enviar asesinos de a centavo...!

Dentro del coche del señor Mowery, la señorita Maynard y el señor Knox estaban regresando hacia el lugar donde realmente había dejado antes el coche alquilado el señor Knox. Ambos sonreían. Hasta que de pronto, Nelson soltó la carcajada.

—¡Demonios! —exclamó—. ¡No quisiera estar en el pellejo de ese Garrison!

—Ni en el de Mowery —dijo Rita—. Me parece que se van a zurrar de lo lindo. Y harán tantas cosas, tantas tonterías, que esta vez sí la Policía va a tener motivos para meterles mano. O sea, que de un modo u otro vamos a quitar de en medio a dos granujas.

—Mowery todavía debe estar corriendo. ¡Y debe pensar que somos un par de ineptos! Y hasta se debe considerar un héroe por haber escapado de dos asesinos. ¿Sabes lo que más me ha gustado de esto?

—¿Qué?

—La patada que le he metido en los huevos a uno de esos hijos de zorra que se dedican a hacer la puñeta a la gente honrada. Y no es que tenga demasiada mala uva, pero... ¡demonios, me ha gustado hacerlo, palabra!

—Te creo —sonrió Rita—. De todos modos, no hemos conseguido nada, ¿no te parece? Cada vez nos vamos convenciendo más y más de que Alex Ristaaj no tenía nada que ver con esta clase de gente, lo cual

es lógico. Ni con Dunning, ni con Garrison, ni con Mowery...

—Entonces... ¿por qué demonios subió al maldito yate?

—Le invitaron —dijo suavemente Rita Maynard.

—Ni tú misma crees lo que dices —farfulló Nelson.

—Entonces —le miró ella sonriendo levemente—, ¿qué crees tú que ocurrió?

—No sé lo que ocurrió —murmuró Nelson—, pero sé que voy a volver a Big Pine Key.

—¿Para caer en las garras de la CIA?

—¡Al infierno con la CIA! —bramó Nelson Knox—. ¡Aquí hay algo que no encaja, y yo sería el peor detective privado del mundo si no quisiera saber de qué se trata! Así que volvemos allá.

—¿Volvemos?

Él volvió la cabeza un instante hacia Rita.

—Nena, a mí no me la pegas —dijo amablemente—. Sé que si no vuelves conmigo lo harás sola. Y estamos trabajando muy bien juntos, ¿no es así?

CAPÍTULO VIII

El jefe del grupo de la CIA encargado de aquel asunto vio acercarse a uno de sus compañeros, y se quedó mirándolo con atención; se dio cuenta de que estaba perplejo. Murmuró una disculpa a Haib Dorden y los otros sudafricanos, reunidos todos en el salón de la «suite», y acudió al encuentro del perplejo agente.

—¿Qué ocurre ahora? —susurró.

—Han vuelto.

—¿Quiénes?

—La chica de los seguros y ese chiflado de Knox. Ese tipo está loco. ¿Qué dirías que están haciendo ahora?

El jefe del grupo tomó del brazo a su compañero, y lo condujo a la salita más pequeña de la «suite». Ya allí, preguntó:

—¿Qué están haciendo?

—Están tomando un refresco en la terraza del hotel.

—¿Están juntos?

—Sí, claro. Ellos se han dado cuenta de que les he visto, y Knox ha hecho el gesto como de sacarse el sombrero para saludarme. Maldito sea, eso es toda una provocación. Y ese tipo no es tonto, seguro.

—Debe querer algo —susurró el jefe—. No puede ignorar que le hemos investigado y que vamos a ocuparnos de él en su momento... No, no nos está provocando, Jerry: quiere algo de nosotros. Quédate aquí con Aldo. Yo voy a ver qué pasa con el señor Knox.

Dos minutos más tarde, el jefe del grupo de la CIA hacía su aparición en la terraza, donde, en efecto, el señor Knox y la señorita Maynard estaban tomando un refresco. Debían ser las cinco y pico de la tarde. Adecuada hora para tomar un refresco en un día de verano. Albert Dowsen, jefe del grupo de la CIA, sonrió secamente cuando el señor Knox le saludó quitándose un imaginario sombrero. Se acercó a la mesa, miró a Rita, miró a Nelson y movió la cabeza.

—De acuerdo —murmuró—. ¿De qué se trata, Knox?

—¿Quiere un refresco? —invitó Nelson.

El hombre de la CIA asintió, se sentó, y esperó que Knox pidiera un refresco para él, mientras miraba los verdes ojos de la señorita Maynard, la cual ofreció con gesto amable un cigarrillo. Nadie dijo nada más hasta que llegó el refresco para Dowsen, que lo probó con evidente reparo.

—No es tan bueno como el whisky —dijo Knox—, pero tampoco es tan malo como para poner esa cara.

—¿Qué es lo que quiere usted? —insistió Dowsen.

—Queremos —dijo Rita—. Yo también formo parte del equipo, señor.

—Muy bien. ¿Qué quieren los dos?

—Ante todo, una garantía de que la CIA no va a molestarnos en el futuro por lo que hemos hecho, ni por mi pequeña mentira de decir que era periodista. Eso es una insignificancia, ¿no le parece? Y, en todo momento, tanto Rita como yo hemos estado intentando ayudar, a nuestra manera. ¿Van a meterse en eso con dos buenos chicos americanos?

—Señor Knox, si sus intervenciones nos hubieran molestado o preocupado verdaderamente, usted no estaría aquí ahora. Puedo ofrecerle esa garantía si usted me ofrece algo que justifique las leves molestias que nos han estado ocasionando.

—¿Nada de treinta años en Langley?

—De acuerdo —sonrió casi divertido Dowsen—. Y ahora, maldito sea, hable de una vez.

Nelson Knox, con la colaboración esporádica de Rita Maynard, explicó al hombre de la CIA la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad de lo que habían estado haciendo ambos desde el principio del asunto. No omitió absolutamente nada. Cuando terminó, Dowsen le miraba entre perplejo e interesado.

—Está bien —asintió—. ¿Adónde nos conduce todo esto? Naturalmente, vamos a dejar aparte a esos gángsters que según ustedes las van a pasar moradas, y también a la hija de uno de ellos, que seguramente quedará huérfana y a poco que se descuide caerá también en el garlito. Olvidémonos de esos personajes de poca monta para la CIA y pasemos a lo positivo para nosotros. ¿Cuál es su oferta exacta, Knox?

—Yo les resuelvo el caso y ustedes, no sólo perdonan mis tonterías anteriores, sino que se encargan de que todo el mundo sepa que Nelson Knox y Rita Maynard son los mejores detectives de Estados Unidos.

—Es una tontería, pero de acuerdo. ¿Cómo va usted a resolver el caso? Mejor dicho, ¿qué es lo que va a resolver usted? Todo está claro, ¿no?

—Menos una cosa: ¿por qué subió Alex Ristaaj al yate de un sujeto al que, según todos los datos, nunca había conocido? ¡Y no me diga que le invitaron a tomar una copa!

—Pues no lo digo. ¿Por qué subió?

—No subió.

Albert Dowsen, que había encendido otro cigarrillo, se quedó con éste a medio camino de la boca, inmóvil. Sus inteligentes ojos oscuros quedaron fijos en los de Nelson Knox. Luego, despacio, pasaron a los de Rita Maynard. Después fueron velozmente de unos a otros. Por fin, murmuró:

—No subió.

—No, no subió. No tiene sentido. Así que no subió.

—No subió —Dowsen aspiró hondo—. Entonces... ¿dónde está?

—Ustedes tienen dos espías rusos —deslizó Rita—. ¿Qué dicen ellos al respecto? Supongo que los han interrogado.

—Esos dos rusos simplemente vigilaban las actividades de Alex

Ristaaj. Es su trabajo, ¿saben? A poco que nos hubiéramos descuidado habrían intentado colocar micrófonos en el lugar donde sostuviéramos las conversaciones con Ristaaj y sus consejeros. Eso es todo.

—O sea, que los rusos no lo tienen —dijo Knox.

—No.

—En ese caso... ¿cuántas posibilidades diría usted que quedan?

—Pueden ser muchas...

—No —rechazó Knox—. Sólo queda una posibilidad, señor: la gente que acompañaba a Alex Ristaaj le ha mentido a usted.

—Suponiendo que sea cierto que Ristaaj no abordó el *Empire*.

—Maldita sea, ¡no subió! ¡Y no me diga que ustedes no han pensado lo mismo que yo cientos de veces! ¿Por qué había de subir a ese yate con golfas y desconocidos? ¡No subió! Así que ese Haib Dorden y los demás les han mentido a ustedes. Es así de simple.

—Repetiré mi pregunta: si no subió... ¿dónde está ahora?

—Dondequiera que esté, ellos lo saben.

—Ah. En ese caso, con ir a preguntarles... ¿No le gusta la idea?

—Ni a usted. ¿Cómo debo llamarlo?

—Dowsen. Esto no es una película de espías, señor Knox.

—Muy bien, señor Dowsen. Si todas nuestras suposiciones son ciertas resultaría que el señor Alex Ristaaj está vivo. Consecuentemente, tarde o temprano ese señor tendrá que aparecer. Y ya ha pasado demasiado tiempo para que dijera que se había salvado del naufragio, que había estado de Robinson Crusoe en una playa o en una isla y todo eso, así que su reaparición ya no tendría sentido. Sería absurdo, nadie lo creería. Todas estas aguas, las costas, todo, ha sido dragado y recorrido palmo a palmo por los hombres-rana. O aparece muerto, como seguramente lo hará la chica que falta, o no aparece jamás. ¿Qué nos queda?

—¿Que no aparece jamás? —susurró Albert Dowsen.

—O sí. Hay algo que se debe hacer, señor Dowsen, pero no puede hacerlo usted, no puede hacerlo la CIA. Nosotros sí podemos hacerlo, y quiero que usted nos autorice. Si fracasamos, nos lleva a Langley como invitados durante treinta años.

—Yo no puedo autorizar lo que usted está pensando hacer, Knox.

—Está bien, entonces límitese a facilitarnos las cosas, y entiendo

que si fracasamos la CIA no sabía nada de mis intenciones. ¿No es eso?

—Sí —asintió en el murmullo Dowsen—, eso es.

* * *

Hacia las siete de la tarde, Vincent Mok, el guardaespaldas del presidente Ristaaj, que se había quedado en la «suite» de éste mientras el resto del séquito tenía una reunión privada con la CIA, solicitada por ésta media hora antes, oyó la llamada a la puerta. Se colocó tras ésta y preguntó:

—¿Quién es?

—Soy Rita Maynard, la agente de la Sea Insurance —le llegó la voz que ya conocía—. Suplico un minuto de conversación con el señor Dorden.

Mok abrió la puerta.

—El señor Dorden no est...

La pistola que apareció por un lado de la puerta quedó a tres centímetros de su enorme nariz. Detrás de la pistola, el señor Knox, que hizo un gesto con la cabeza hacia el interior de la «suite». Mok parecía paralizado, pero reaccionó pronto, retrocediendo. Entraron Nelson y Rita, y ésta cerró la puerta.

—¿Qué significa esto? —murmuró Mok.

—Vuélvase de espaldas.

Mok se quedó mirando con fría fijeza los ojos de Knox. Luego, muy despacio, comenzó a volverse... mientras lanzaba un tremendo patadón hacia atrás dirigido al bajo vientre de Nelson. Éste desvió la pierna con un seco golpe de su antebrazo izquierdo, se acercó a Mok con un gesto seco y le descargó un rodillazo en los riñones, pues Mok se había protegido la cabeza con un brazo. El guardaespaldas debía haber salido despedido hacia adelante transido de dolor, pero, para asombro de Rita y Nelson, resistió el impacto, terminó de girar de nuevo hacia el detective y le lanzó un rechazazo escalofriante al rostro. Knox giró y el puño de guardaespaldas pasó silbando junto a su oreja, mientras el suyo, en fulgurante *ura ken*, impactaba en el puente de la nariz de Mok, que emitió un resoplido, se llevó las manos a la cara y retrocedió un paso. Nelson le siguió, y, de nuevo con el puño izquierdo, le golpeó ahora en escalofriante *tsuki* en el centro del pecho. Vincent Mok retrocedió, con los ojos desorbitados, tambaleándose. De nuevo le siguió Nelson, y otra vez con el puño izquierdo le golpeó, rígida la mano, en un lado del cuello. La enorme

mole de Mok se vino abajo como un gigantesco saco.

—¡Cielos! —exclamó Rita, muy abiertos los ojos.

Nelson la miró amablemente.

—Habrás comprendido ahora lo buen chico que fui contigo, cariño.

—¡Eso es karate puro!

—Psé. Y también sé algo de judo, de modo que en lo sucesivo piénsalo bien antes de volver a atacarme. Ya estás avisada, ¿no?

—Pudiste... pudiste haberme roto la espalda de un solo golpe...

—Agua pasada. Y no hemos venido aquí a conversar sobre nuestras respectivas habilidades y mi amabilidad contigo. Debe haber baúles. Busquémoslos.

Tardaron menos de medio minuto en encontrar los tres baúles, colocados en un rincón de uno de los dormitorios de la espaciosa «suite». Estaban cerrados con llave y candado. Alex Ristaaj y su séquito habían llegado de incógnito, pero ahora en los baúles se veía la etiqueta de Diplomático. Equipaje intocable... oficialmente.

Los tres baúles estaban en posición vertical. Los colocaron horizontalmente, y el señor Knox sacó la corta barra de acero que con previsión se había provisto. Sin contemplaciones, arrancó el soporte que sujetaba uno de los candados, forzó las dos cerraduras y alzó la tapa. De momento sólo vieron ropa, pero Rita la alzó.

Primero vieron el plástico. Luego, arrugado a través de éste, vieron el rostro del hombre negro. Se miraron y rápidamente, tras sopesar otro de los baúles, lo desdeñaron y pasaron al tercero, que fue abierto por Nelson por el mismo expeditivo procedimiento. También vieron ropa en primer lugar. La retiraron y apareció otra enorme bolsa de plástico a través del cual vieron el rostro del hombre blanco. La boca de la bolsa estaba fuertemente cerrada con cordeles. Nelson miró a Rita y asintió. La pelirroja descolgó el auricular del teléfono.

—El señor Dowsen está en el salón pequeño —dijo—. Póngame con él inmediatamente; está esperando esta llamada.

Se volvió a mirar a Nelson, mientras éste sacaba del segundo baúl el embolsado cadáver que contenía...

—Ah, señor Dowsen —dijo de pronto Rita—, soy yo. Pueden subir *todos*.

Colgó el auricular, salió del dormitorio y fue a donde yacía Mok, que comenzaba a moverse. Le quitó la pistola, le golpeó con el canto

de la mano en la base del cuello, durmiéndolo para unos cuantos minutos más, y lo arrastró hacia el salón grande de la «suite». Nelson ya había llevado allí una de las bolsas, y se dirigía a por la otra. Rita se sentó en uno de los sillones y encendió un cigarrillo. Nelson apareció con el otro cadáver, lo dejó junto al primero y se sentó en otro sillón.

—Maldita sea —dijo—, ¡se me han terminado los cigarrillos!

—Yo tengo —murmuró Rita Maynard.

Estaban a mitad de sus respectivos cigarrillos cuando oyeron abrirse la puerta de la «suite», y enseguida los pasos. El primero en aparecer fue Albert Dowsen, que vio a Mok tendido en el suelo, y, enseguida, las dos bolsas de plástico. El agente de la CIA estaba lívido.

Tras él apareció Haib Dorden, conversando con uno de sus amigos... Captó velozmente la escena, palideció, y quedó tenso, rígido. Junto a él, Niok Atago lanzó una contenida exclamación, y sus párpados se dilataron. Ambos, así como los otros dos sudafricanos, Mako y Klag, fueron empujados hacia el salón por los agentes de la CIA, que llegaban detrás. El silencio era impresionante. Nelson Knox dio una chupada a su cigarrillo y dijo:

—Érase una vez un presidente de un país sudafricano llamado Alex Ristaaj, que quería firmar un tratado con Estados Unidos de América. Pero en su país, llamado Afrikaan, había gentes que no deseaban eso, sino, seguramente, negociar con otro estado, no con América. No podían, sin embargo, oponerse a Alex Ristaaj, de modo que simulaban estar de acuerdo con él. En su país no encontraron el modo de asesinarlo, así que se conjuraron para hacerlo fuera de él. Con tal fin, a la espera de una oportunidad adecuada, pidieron dos días de tiempo «libre» al llegar a Estados Unidos. Y la casualidad les favoreció cuando todavía no habían decidido cómo cometer el asesinato: de madrugada, se enteraron de que un yate se había hundido. Un yate en el que viajaban personas que, casual y afortunadamente, habían cambiado unas palabras la noche anterior con Alex Ristaaj. Entonces, alguno del grupo de conjurados tuvo la genial idea: decir que el señor Ristaaj iba en ese yate. Pero antes, simplemente, fueron al dormitorio de su presidente, y lo mataron. El guardaespaldas Obongo, fiel a su presidente, también fue asesinado. Todos creerían que había acompañado a Alex Ristaaj en el yate. Una vez muertos los dos, alguien buscó dos grandes bolsas de las que utiliza el hotel para guardar ropa de cama y de baño, o quizá ya las tenían preparadas, y los metieron en ellas, cerrándolas herméticamente para que no se percibiera el olor a cadáver. Luego, las bolsas fueron metidas en dos baúles que, como equipaje diplomático

ya, no podían ser tocados por nadie en su regreso a South West Africa, donde alguien se haría cargo de ellas. Y así, muerto el presidente Ristaaj, el vicepresidente podría decir poco después que prefería no negociar con Estados Unidos, y, otro poco después, hacerlo con el país que más le convenía a él y a su camarilla de intrigantes y corruptos saboteadores, traidores y criminales... ¿Me he dejado algo, Rita?

—Yo creo que no —susurró la pelirroja.

—Pues, colorín colorado, este cuento se ha acabado.

ÉSTE ES EL FINAL

En una magnífica «suite» de un lujoso hotel de Niagara Falls, el señor Knox, sentado en un sillón del saloncito, leía un periódico en el que, entre otras cosas más importantes, se hablaba de la refriega entre gángsters habida en Chicago en los últimos días. Un tal Herbert Garrison había sido acribillado, un tal Cornell Mowery detenido y una preciosa rubia, hija del primero, había sido atrapada con una pandilla armada hasta los dientes que se disponía a vengar a su padre...

Del asunto de Big Pine Key, ni una palabra. La CIA había vuelto a su hosco hermetismo.

—¿Qué te parece? —movió la cabeza el señor Knox—. ¡Todos nuestros vaticinios se han cumplido! ¡Somos geniales! Vamos, que somos la monda... ¿Me estás oyendo? Rita, ¿me oyes? ¿Rita?

Silencio absoluto. El señor Knox miró perplejo en dirección al dormitorio. Parpadeó, titubeó, y dejando a un lado el periódico se puso en pie. Por la ventana, destacando en el sonrosado anochecer, vio las coloridas y fastuosas cataratas del Niágara. Era una vista preciosa.

Prescindió de ella y se dirigió al dormitorio. No había en éste ninguna luz encendida, así que había dentro el resplandor del ocaso y de las cataratas, con su bello y variado colorido lumínico.

Bueno, también estaba allí Rita Maynard, de pie frente al ventanal, mirando la belleza del líquido paisaje. Por un momento, Nelson Knox creyó que no era ella, sino una aparición irreal. Rita se había puesto una camisita que le llegaba hasta las ingles y que, a contraluz, permitía ver con toda nitidez las formas de su espléndido cuerpo. Se había soltado completamente el cabello, que colgaba reluciente sobre su espalda y hombros.

Nelson se acercó a ella, la tomó por los hombros y la hizo

volverse. Se atragantó al ver las lágrimas en sus ojos. Aquellos grandiosos y hermosos ojos verdes, que se fijaron en él.

—¿Qué te pasa, mi amor? —susurró el señor Knox.

—Nelson, te mentí —tembló ligeramente la voz de ella—. No es cierto que estas cicatrices puedan ser eliminadas. Lo intenté hace tiempo, y me dijeron que podía ser peligroso para el ojo... ¡Las tendré siempre!

—¿Me has mentido también en eso de que estás loca por mí?

—No... ¡En eso no! ¡Pero las cicatrices...!

—Érase una vez una tonta de capirote que se fugó con un detective a Niagara, dispuesta a casarse con él. Pero la noche antes de la boda le dijo: ¡Oh, Nelson, mira qué cicatrices! Y Nelson dijo: ¿qué cicatrices? Después de esto, la abrazó, sintiendo en su cuerpo el contacto enloquecedor del de ella, la llevó a la cama, la besó mil veces en la boca y en otros sitios, y luego...

—¿Qué? —inquirió la pelirroja.

—Pasemos a la acción. A mí, eso de contar cuentos me aburre...

F I N

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



ISBN 84-02-02520-X



01086



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

9 788402 025203

Impreso en España